

Andrea Camilleri

La liebre que se burló de nosotros

Prólogo de
Fernando Aramburu

Ilustraciones de
Paolo Canevari



LA LIEBRE QUE SE BURLO DE NOSOTROS

ANDREA CAMILLERI



Duomo ediciones

Barcelona, 2017

Título de la edición original: I tacchini non ringraziano

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2019, Andrea Camilleri, por el texto

© 2019, Paolo Canevari, por las ilustraciones

© 2019, Oriol Sánchez Vaqué, por la traducción

© de esta edición, Antonio Vallardi Editore S.U.r.l., Milán. Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore., 2012

Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Calle de la Torre, 28, bajos, 1ª, Barcelona 08006 (España)

www.duomoediciones.com

ISBN: 978-84-16634-86-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico -incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet- y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos

PRÓLOGO

LOS HOMBRES Y LOS ANIMALES

Tiene razón Andrea Camilleri, autor de este libro, cuando en la nota final expresa el temor a que, en el futuro, una máquina nos permita conocer la opinión de los animales acerca de los hombres. No hace falta ser muy imaginativo para pronosticar que dicha opinión será negativa.

Acaso podamos atribuirle una parte de nuestra culpa a la Naturaleza por haber incluido nuestra especie entre las muchas que se alimentan de carne y pescado. Sin embargo, esta circunstancia apenas alcanza a explicar una parte de nuestra relación con los animales. Porque lo cierto es que el ser humano destruye el espacio natural de estos, sin perdonar las selvas remotas ni los fondos marinos, y no falta quien los maltrata, sirviéndose incluso de ellos para espectáculos públicos en los que a menudo se ejerce la crueldad con fines de entretenimiento.

Los doce cuentos reunidos en este volumen bajo el título de *La liebre que se burló de nosotros* nos muestran que es posible una relación distinta, más respetuosa y armónica, con la fauna de nuestro entorno.

Andrea Camilleri los escribió con un lenguaje fácilmente comprensible, pensando en sus bisnietas y, de paso, en cualquier niño y adulto aficionado a la lectura. En todos los cuentos, las personas y los animales comparten protagonismo en un ámbito a menudo familiar. Son historias, recuerdos, episodios, que ocurren en el país del autor, Italia, dentro de la casa o en parajes campestres localizables en el mapa: Sicilia, la Toscana, etc.

Conviene precisar que Andrea Camilleri no puebla sus cuentos con criaturas propias de las fábulas. Por las páginas de este libro no deambulan

dragones ni animales fantásticos; antes al contrario, gatos y perros, cerdos y aves y otras especies con las que cualquiera de nosotros está familiarizado desde una edad temprana.

Estos animales, a veces domésticos, a veces silvestres, no se comportan como seres humanos. No hablan, ni conducen automóviles, ni llevan sombrero. Y como no están personalizados, distan de simbolizar valores morales establecidos por la lógica humana. El autor no los ha incorporado a sus historias para que representen el bien o el mal. Son, pues, idénticos a los animales que conocemos fuera de la literatura. Son hermosos, a veces sagaces, con frecuencia ágiles, capaces incluso de la lealtad y el agradecimiento instintivos.

Si llevan nombre es porque se lo han puesto sus dueños. Si viven dentro de una casa es porque los han domesticado. Son, simplemente, animales; provistos, eso sí, de cierto grado de sensibilidad que en ciertas situaciones les permite comunicarse de forma rudimentaria con las personas. Así el gato llamado El Barón, que muestra claro afecto por una de las hijas del autor, o el papagayo capaz de imitar la voz del propio Camilleri. Encontraremos incluso un grupo de cerdos a los que una borrachera fortuita inducirá a sumarse a un banquete de personas que saldrán huyendo espantadas. En todos los casos, las narraciones permanecen en el plano de la realidad, de manera que todo lo que se cuenta en ellas podría haberles sucedido a los lectores.

La liebre que se burló de nosotros entra de lleno en la categoría de libros que merecen el calificativo de deliciosos. Uno percibe ternura y bondad en el tono afable del narrador. Sus historias, variadas y sorprendentes, tienen la virtud de la amenidad. Pero más allá de los buenos ratos de lectura que nos puedan deparar, apelan directamente a nuestra conciencia, invitándonos a conocer más de cerca a los animales y a mirarlos con ojos distintos de los del depredador. A mirarlos, en definitiva, con un cariño que beneficiaría tanto a los animales como a las personas.

Fernando Aramburu

LA LIEBRE QUE SE BURLÓ DE NOSOTROS



No sé, y no me lo aclara el diccionario, si el macho de la liebre es el liebre, como escribo yo. En nuestra región, al macho de la liebre se le llama «u lebru» y yo por comodidad seguiré llamándolo así, aunque adaptándolo.

Las liebres son animales preciosos.

De orejas alargadas, enormes ojos, pelaje gris que tiende al pardo, cola corta, no solo son muy veloces sino también grandes saltadoras gracias a sus largas patas posteriores.

Al contrario de los conejos, las liebres raramente se esconden en madrigueras. Prefieren ocultarse detrás de arbustos, de matas de sorgo, de cúmulos de piedras. Para descubrirlas o hacerlas salir de su escondite, se requieren perros adiestrados que las detecten con el olfato.

En cuanto advierten su presencia, los perros de caza permanecen quietos en la posición característica de acecho, con el hocico tendido hacia delante, el rabo alineado con la punta de la nariz, la pata izquierda ligeramente levantada.

El cazador debe ser rápido de reflejos porque la liebre, apenas percibe el peligro, sale disparada de su escondrijo y huye a una velocidad increíble.

Tengo que hacer un apunte importante.

Todas las liebres, cuando reciben un disparo mortal, en vez de caer inmediatamente de lado como los conejos, ejecutan una voltereta perfecta en el aire. Por consiguiente, la voltereta significa para los cazadores, pero también para los perros, que la liebre ha sido herida de muerte con toda seguridad.



Aquel día por la mañana, éramos tres, mi padre, un amigo también cazador y yo, íbamos en busca de alondras y por eso no nos acompañaban los perros.

Subíamos en fila india por un sendero que conducía a la cima de una colina y llevábamos escopetas de dos cañones cargadas pero abiertas y apoyadas en el brazo. Yo era el último de la fila.

De repente, el amigo cazador puso el pie sobre una piedra que le hizo perder el equilibrio.

Mientras se tambaleaba, la piedra salió disparada y fue a parar a una mata de sorgo un poco más abajo de donde estábamos. Mi padre, que había oído los improperios del compañero, se giró para ver lo que sucedía a sus espaldas y, en aquel momento, una liebre salió saltando de la mata de sorgo.

O mejor dicho, era un liebre, se adivinaba por su gran tamaño y su pelaje gris blanco.

En un gesto fulminante, mi padre cerró la escopeta, se la apoyó al hombro, apuntó, disparó y erró el blanco.

El liebre, al llegar al llano, cogió velocidad.

Mi padre volvió a apuntar y efectuó un segundo disparo.

Esta vez acertó de pleno, porque el animal saltó por los aires, ejecutó una voltereta, cayó en el suelo boca arriba y se quedó tieso.

—Ve a cogerlo —me ordenó mi padre.

Me tocaba a mí hacer aquella caminata, puesto que yo era el más joven.

Deshice el sendero cuesta abajo y, cuando llegué al pie de la colina, me di cuenta de que no lograba ver el liebre entre la hierba del llano. Mientras tanto, mi padre y su compañero habían seguido subiendo.



Los avisé a gritos.

—¡No veo dónde está el liebre!

Mi padre me dio como punto de referencia un árbol descortezado, seguramente lo había alcanzado un rayo.

—Ahora voy, pero esperadme.

Me dirigí hacia el árbol.

Y finalmente encontré el liebre muerto. Me acerqué, lo miré.

Era el liebre más grande que había visto nunca, debía de ser muy viejo. Estaba tendido sobre la espalda en la inmovilidad de la muerte, con las patas como entumecidas, los ojos cerrados.

Me agaché, lo agarré por las patas posteriores. Y en aquel momento el liebre abrió los ojos, se contorsionó, coceó, se me escurrió de las manos, volvió a ponerse a cuatro patas y huyó como un rayo, dejándome boquiabierto.

Pude ver claramente que ni siquiera lo habían rozado los disparos.

¿Cuántos compañeros suyos había visto morir cazados, en su larga vida, para lograr imitar perfectamente su muerte?

Y, en efecto, cuando volví, mi padre me dijo:

—¿Sabes qué? Podía haber disparado desde aquí, pero no he podido hacerlo porque estabas tú en medio.

Pero eso también lo sabía perfectamente el liebre, pensé.

PIMPIGALLO Y EL JILGUERO



Era una preciosa mañana de finales de julio y yo, en la casa de campo de la Toscana, estaba sentado en una tumbona mirando, con unos binóculos, el vaivén y las maniobras de un avión, un hidroavión, que intentaba apagar un gran incendio lejano vertiendo una enorme cantidad de agua.

Cuando hice un movimiento con las piernas, mi hija, que estaba sentada a

mi lado, me dijo en voz baja «que, si me levantaba, vigilara dónde ponía los pies».

—¿Por qué?

—Desde hace un cuarto de hora, hay un pequeño jilguero entre tus zapatos.

Me eché a un lado para verlo.

Era un pajarito de colores preciosos. Se estaba quieto, no buscaba comida entre la hierba, era como si se sintiera protegido al estar casi pegado a mí.

Me di cuenta de que giraba la cabecita mirando a su alrededor, sin saber cómo comportarse.

—Cógelo —dijo mi hija.

Bastaba con alargar el brazo.

Pero no lo hice, no me gusta tener pájaros enjaulados.

Llegó la hora del almuerzo.

Me levanté con cuidado, porque el pequeño jilguero seguía ahí inmóvil, y entré en casa. Después de comer, fui a echarle un vistazo. No se había movido. Me eché una siestecilla como de costumbre y, al despertarme, volví a encontrarme al jilguero, que no se había movido ni medio metro.



Entonces comprendí su drama.

Tras huir de la jaula, ignoraba cómo comportarse en la inesperada libertad, no sabía cómo conseguir agua y comida.

¿Qué podía hacer?

Debí doblegarme ante la evidencia.

Mi hija se apresuró a ir al pueblo a comprar lo necesario y, cuando volvió, lo que hice fue agacharme, cogerlo y meterlo en la nueva y espaciosa jaula que ya contenía agua y pienso.

Una vez dentro, el jilguero se abalanzó sobre la comida y la bebida, moviéndose con ligereza. Entre aquellos barrotes enseguida se había sentido a sus anchas.

Al volver a la ciudad, de día poníamos la jaula en la terraza, colgada de un clavo. Por la noche la entrábamos en el piso y la dejábamos encima de un mueble alto de la cocina, a salvo de ataques gatunos.

El pequeño jilguero cantaba de lo lindo, algunas veces nos sorprendía con sus variaciones fantasiosas.

De la limpieza matutina de la jaula se encargaba mi suegra.

Al cabo de más o menos un año de convivencia con el jilguero, una noche mi hija salió a la terraza para entrar la jaula, pero volvió enseguida, perpleja y con las manos vacías.





—Papá, encima de la jaula se ha posado otro pájaro que no quiere huir. Ven a verlo. Era un pequeño papagayo que se agarraba a los barrotes del techo de la jaula. El jilguero estaba más bien agitado, se había acurrucado en un rincón, lo miraba desde abajo y parecía que no le gustara la visita.

—¡Vete!

El papagayo giró la cabeza hacia mí como preguntándome:

—¿Y adónde quieres que vaya?

Entendí que él también debía de ser un evadido arrepentido de la fuga. Al ver una jaula, había ido a posarse encima con la esperanza de saciar su sed y su hambre.

No se movió cuando descolgué la jaula, tampoco se movió cuando la dejé sobre la mesa de

la cocina.

Tras expulsar a los dos gatos y cerrar la puerta, finalmente logré desenganchar al pa-

pagayo.

Con la ayuda de mi hija, llenamos dos platitos de agua y pienso, se los pusimos delante y salimos cerrando la puerta con cuidado.

Antes de ir a la cama, volví a ver cómo estaban las cosas. El papagayo, ya

saciado, estaba tan feliz encima de la jaula del jilguero.

A la mañana siguiente compré otra jaula y clavé un segundo clavo en la pared de la terraza, a poca distancia del primero.

Encima del mueble de la cocina había espacio para dos jaulas, una al lado de otra.

Decidí encargarme yo de la limpieza matutina del papagayo.

Cada día, mientras le ponía agua fresca y pienso nuevo, le hablaba. Lo llamaba Pimpigallo y a menudo usaba el diminutivo Pimpi.

—Pimpi, saluda a tu amigo. Dile: hola, jilguerito, ¿cómo estás? ¡Qué mala vida que llevamos en la jaula, maldita sea!

Una mañana, mientras le hablaba desde muy cerca de la jaula, adoptó una postura curiosa. Se puso al revés, con la cola hacia arriba y la cabeza hacia abajo, metida entre dos barrotes, sacando el pico para fuera, casi en contacto con mis labios.

Desde entonces, en cuanto me veía, se ponía así y yo le hablaba.

El pequeño jilguero, cuando se fue acostumbrando a la presencia del compañero, reanudó el canto, tras un periodo de silencio debido evidentemente al fastidio que le provocaba la proximidad con el otro pájaro.

Pasó un tiempo.

Una tarde, mientras las dos jaulas estaban en la terraza, me pareció que la voz del jilguero era un poco diferente de lo habitual.

Salí a dar un vistazo. Era Pimpigallo que estaba imitando a la perfección el canto y las variaciones del jilguero. Y este, enmudecido, lo miraba entre indignado y ofendido.

Entonces, tras otro largo rato de silencio hostil, el jilguero reanudó el canto. Hacían duetos improvisados en lo que parecía una *jam session* de jazz.

Un verano tuve que ir a Sicilia por trabajo.

Mi familia, que entonces estaba formada por mi mujer, mi suegra, tres hijas, dos gatos, dos pájaros y un perro, se fue a la casa de la Toscana. Colgaron las dos jaulas de la rama de un enorme castaño más que centenario que estaba (y está) justo delante de la puerta.

Una tarde, como hacía a diario, llamé por teléfono a mi mujer Rosetta. Estaba a punto de terminar mi trabajo, al cabo de tres o cuatro días me reuniría con mi familia. Lo que sucedió inmediatamente después de la llamada lo supe

por Rosetta.



Mi suegra, que estaba en su habitación, se asomó a la ventana y dijo en voz alta:

—Hola, Andrea. ¿Cuándo has llegado?

Mi mujer se asustó. ¿Cómo que cuándo has llegado? Si acababa de hablar conmigo por teléfono.

—¿Qué dices, mamá?

—Estaba saludando a Andrea. ¿Dónde está que no lo veo?

—Todavía está en Sicilia.

—Pero ¿qué dices? ¡Si acabo de oír su voz!

Y en aquel momento también mi mujer oyó una voz, profunda, ronca, con un acento inconfundiblemente siciliano, que preguntaba:

—Hola, jilguerito, ¿cómo estás?

Era Pimpigallo que me estaba imitando a la perfección.

Cuando volví, lo primero que hice fue preguntarle:

—Hola, Pimpi, ¿cómo estás?

Y él, con mi voz:

—¡Maldita sea!

Desde entonces no paró de hablar.

Yo no sabía que un papagayo tan pequeño fuera capaz de hablar. Pero ¿cómo podía salir una voz tan gruesa y profunda como la mía de un animalito tan pequeño?

Cuando se hizo viejo, empezó a mezclar las cosas:

—Hola, maldita sea, ¿cómo estás?

O bien:

—Estás maldita sea, Pimpi, hola.

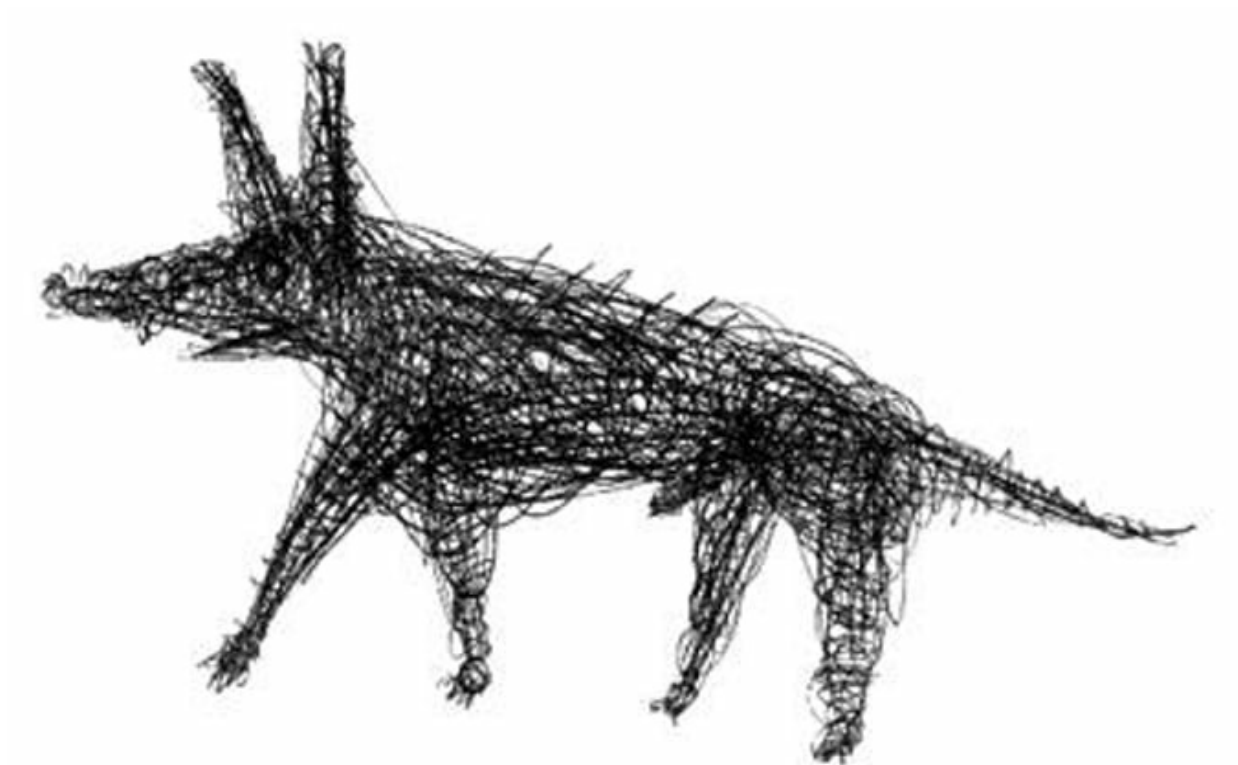
O bien:

—Hola, poquilguerito.

Una mañana me lo encontré muerto.

El jilguero estuvo una semana sin cantar y luego, al octavo día, decidió no despertarse más y seguir a su amigo.

AGHI, PERRO DIFAMADO



En mi familia no hemos comprado nunca un animal en las tiendas donde los venden.

Los perros, los gatos, los pájaros que hemos tenido siempre se han presentado espontáneamente en nuestra casa y casi enseguida han mostrado su voluntad de quedarse.

Siempre hemos estado todos convencidos de que, si un animal desea ser alojado durante unas horas o durante toda su vida, es justo satisfacer su deseo.

Y también porque cada vez creo más que no somos nosotros quienes

elegimos a un animal como compañero, sino él quien nos elige a nosotros y además lo hace de modo que nos hagamos la ilusión de que hemos actuado por iniciativa propia.

Para llegar a la entrada de la casa de campo en la Toscana, hay que bajar por una fuerte pendiente, en paralelo a uno de los muros exteriores.

Una noche, cuando volvíamos tarde de una cena, vimos en aquella bajada a un perro ocupado en una extraña actividad.

El caso es que se subía a lo alto de la pendiente y entonces se dejaba caer, rodando de lado hasta llegar a la parte llana. Se volvía a levantar, remontaba la cuesta corriendo y repetía el ejercicio.

No parecía inmutarse por nuestra llegada. De repente se dio cuenta de nuestra presencia y entonces vino hacia nosotros con una actitud festiva.

Era un perro simpáticamente gracioso.



De estatura más bien pequeña, como dos perros salchicha puestos uno encima del otro, tenía el cuerpo robusto, unas orejas muy largas que llegaban al suelo, cola corta, pelaje marrón casi rosado, patas anteriores bastante abiertas hacia el exterior. Y unos ojos enormes.

Desde los primeros minutos nos dimos cuenta de que era sordo, pero de

una sordera profunda, absoluta. Vivía dentro de un mundo sin sonidos. Lo ayudaban una buena vista y un olfato que resultó ser formidable.

Llevaba un collar de metal en el que estaba grabado: Aghi. ¿Era su nombre? Ya teníamos un perro, dos gatos y dos pájaros. Después de una breve inspección, decidimos acogerlo durante la noche y al día siguiente hacer una búsqueda para descubrir a quién pertenecía.

Aghi no parecía agotado, así que no venía de muy lejos: lo demostraban sus uñas en perfecto estado. De cerca, aquellas uñas tenían algo raro: eran muy gruesas y bastante largas.

Baracca, la perra que ya teníamos, se mostró descontenta de la presencia de otro perro y, por eso, después de darle abundante comida, lo encerramos en una pequeña habitación provista de todas las comodidades.

A la mañana siguiente lo saqué con la esperanza de que encontrara el camino de vuelta a su casa.

En efecto, al cabo de un rato, vi cómo se dirigía a la entrada y se alejaba.

—¿Y Aghi? —me preguntaron mis hijas al levantarse.

—Ha vuelto a su casa.

Las niñas desayunaron y salieron. Lo primero que vieron fue a Aghi corriendo hacia ellas, saludando con alegres ladridos.

Más tarde, mientras me encontraba hablando con un campesino, apareció Aghi de no sé dónde y pasó por entre sus piernas.

—¡Pero si es un perro de hoyo! —dijo sorprendido y alarmado.

Yo no sabía que existieran perros llamados así.

—¿Por qué de hoyo?

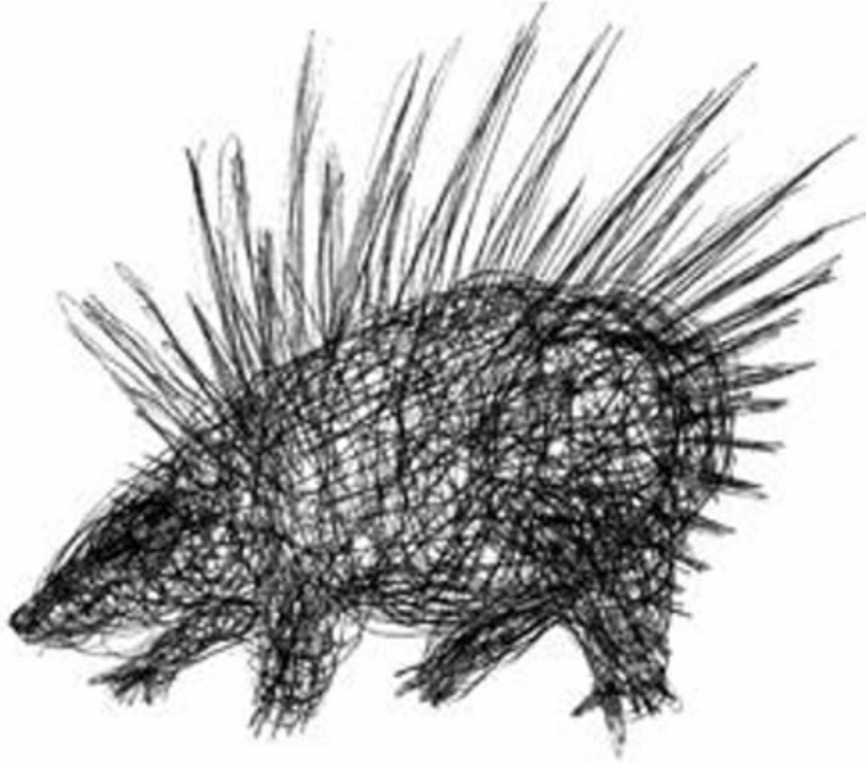
El campesino me contó que eran perros peligrosamente agresivos, adiestrados para la caza del puercoespín. Estos perros detectaban con el olfato al puercoespín escondido bajo tierra y entonces, en vez de entrar por la madriguera y atacarlo frontalmente, excavaban con rapidez, gracias sobre todo a las patas abiertas y a las uñas desproporcionadas, un hoyo vertical paralelo a la madriguera y asaltaban al puercoespín por sorpresa.

—Muchos perros de hoyo son ciegos por culpa de las púas del puercoespín —añadió el campesino.

—Pues este es sordo.

Pareció un poco perplejo.

—¿Sabe si por aquí cerca hay alguien que se dedique a la cría de estos perros? —pregunté.



Me respondió que había un criadero en un pueblo cercano y también me dio el nombre de su propietario. Busqué el número de teléfono en un listín y llamé.

—¿Ustedes crían perros de hoyo?

—Sí.

—Creo que se les ha escapado un perro y...

—Un momento —me interrumpió el hombre, preocupado.

Volvió a ponerse al aparato al cabo de poco.

—Todos nuestros perros están aquí.

Y tras una breve pausa:

—Si usted ha encontrado un perro de hoyo, ándese con cuidado.

—¿Por qué?

—Porque tienen muy mal carácter. Pueden volverse feroces. Mire, pruebe a llamar a este otro criador...

Me dio un número de teléfono.

Pero, antes de llamar, salí a ver qué hacían mis hijas y Aghi. La mediana lo arrastraba tirándole de una oreja. Entonces Aghi logró liberarse y huyó perseguido por las tres niñas. Cazado de nuevo, fue sometido a una serie de pequeños suplicios que parecían divertirlo.

¿Muy mal carácter? ¡Pero si se le veía muy dócil y contento!

Sin embargo, me surgió una duda. ¿Y si se trataba de un perro, como hay tantos, paciente con los niños y agresivo con los mayores? Casi como queriendo reforzar mi duda, Aghi interrumpió el juego, se alejó unos metros y excavó rápidamente un hoyo. Un hoyo nada especial, más o menos de unos quince centímetros de profundidad.

La vocación de excavar hoyos sin duda la tenía y, por consiguiente, también podía sentir la vocación de ferocidad. Mejor no tenerlo cerca.

Volví a entrar y marqué el número del segundo criador. Expliqué de qué se trataba, también di el nombre del perro y el hombre con el que hablaba fue a comprobarlo. Ahí tampoco faltaba ningún animal. También me dijo que no había más centros de cría cercanos. Pero, antes de colgar, me aconsejó ponerle el bozal al perro.

—Tenga mucho cuidado, no hay que fiarse de estos perros de hoyo.

¡Y dale!

Entonces reuní a mi familia para hablar del tema. En mi opinión, no lo podíamos tener en casa. Y expliqué el motivo. Aghi, mientras tanto, estaba en medio de nosotros y nos miraba muy atento. Mi hija pequeña entonces se dirigió a él y le hizo una pregunta inequívoca:

—¿Eres un perro de hoyo, tú?

Aghi empezó a excavar un poco y entonces se detuvo. Había respondido.

—¿Y eres malo?

Aghi le lamió la mano.

Y se ganó un lugar en nuestra casa.

Lo primero que hizo mi mujer fue telefonar a un veterinario que vivía en la capital, a una hora de coche. Este le respondió que la esperaba al día siguiente por la mañana y que llevara, aparte del perro, una muestra de sus heces para examinarlas.



Como en aquellos días el médico me había pedido, entre los varios análisis, también un cultivo de heces, mi mujer fue a la farmacia y compró dos botes de muestras.

A la mañana siguiente, con Aghi y los dos botes llenos, se fue a la capital. Se detuvo en un laboratorio de análisis y entregó la primera muestra, y luego se dirigió a la clínica veterinaria. Finalmente volvió a casa.

Nos contó que el veterinario le había puesto una inyección a Aghi y que este se había portado muy bien durante todo el rato.

Al día siguiente recibí una llamada más bien alarmada del laboratorio de análisis:

—¿Está seguro de que la muestra de excrementos es suya?

—Perdone, pero ¿cómo podría no estar seguro de ello?

—No, es que...

Parecía titubeante. Entonces tuve una iluminación repentina.

—¿Le parecen más caninos que humanos?

—Pues sí.

Mi mujer se había confundido de bote.

El campesino nos aconsejó que mantuviéramos a Aghi alejado de los demás animales, porque los podría degollar. Y también debíamos estar muy atentos con los amigos que llegaran de improviso.

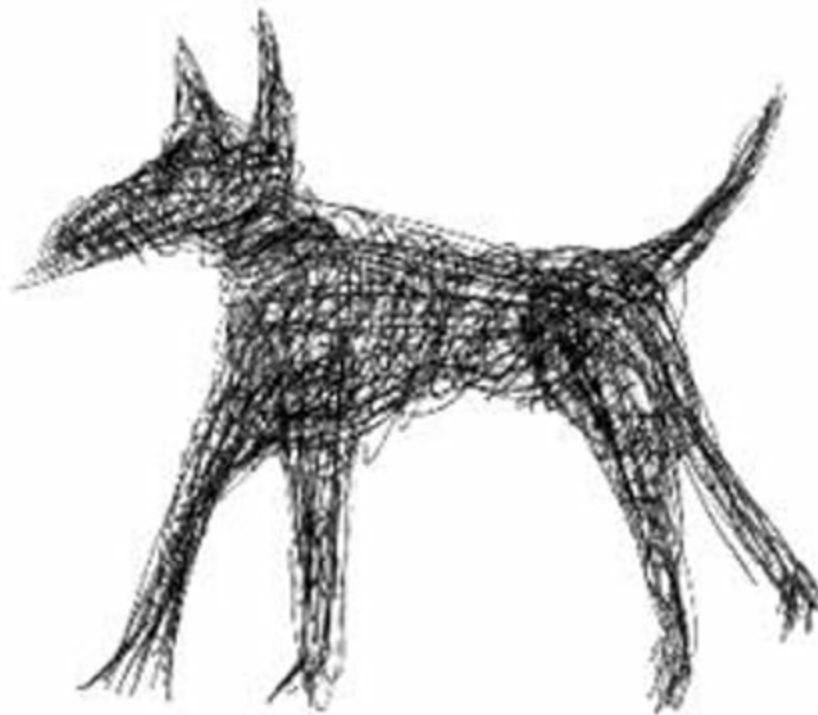
Al parecer, cuando un perro de hoyo clavaba los colmillos en una pantorrilla, ya no la soltaba.

En fin, vivimos los últimos días de vacaciones con una ansiedad diaria, aunque Aghi, ante cada pantorrilla nueva que se encontraba, se limitaba a husmearla.

Naturalmente, lo cargamos en el coche y nos lo llevamos con nosotros a la ciudad. Le construí una casita en la terraza y habilité en la puerta corredera una madera que instalábamos de día, de modo que el perro no pudiera entrar en la casa y agredir a los demás animales.

En resumen, lo confinamos.

Y Aghi empezó a sufrir manifiestamente por esta nueva situación. Pero, dada su proclamada peligrosidad, no me atrevía a dejarlo libre dentro de casa. Por supuesto, mis hijas salían a la terraza y jugaban con él. Pero Aghi colaboraba con poco entusiasmo. De vez en cuando intentaba excavar algún hoyo y el único resultado que obtenía era que se dañaba las uñas contra el suelo. Y la terraza era demasiado pequeña para un perro al que le gustaba correr por espacios anchos. ¿Qué podíamos hacer?



Un día, un amigo que participaba de nuestra angustia por Aghi nos dijo que, si queríamos, podíamos llamar a un conocido suyo, propietario de una extensa finca cerca de Roma, que amaba mucho a todos los animales posibles e imaginables. Y era un experto en perros. Sin duda alguna se quedaría con Aghi.

Lo llamé, le conté que tenía un perro al que no podía dejar entrar en casa y que si él sería tan amable de... Me interrumpió.

—¿De qué perro se trata?

—Un perro de hoyo.

—¿Y lo tiene libre? —me preguntó maravillado.

—Sí.

—¡Un perro de esos es capaz de destrozarle una pierna! ¡Por el amor de Dios! ¡No se acerque a él ni deje que se le acerque nadie de su familia! Dentro de dos horas estoy en su casa.

Corrí a quitar la madera de la puerta corredera y la cerré.

A través de las persianas vi que Aghi me miraba con ojos de perro apaleado.

Se me encogió el corazón pero no podía hacer otra cosa. Demasiados avisos sobre la peligrosidad de Aghi.

El experto en perros llegó al cabo de dos horas llevando una gran maleta. Afortunadamente las niñas habían ido a la escuela, mi mujer a la oficina y mi suegra a comprar.

En el salón, abrió la maleta y sacó unas curiosas piezas anatómicas de gomaespuma con las que se protegió las pantorrillas y el antebrazo izquierdo.

También extrajo de la maleta aquella especie de látigo con un nudo grueso en el extremo que utilizan en las perreras, aunque este era todo de una goma flexible, y entonces me pidió que abandonara el salón y cerrara la puerta al salir. Obedecí mientras él empezaba a abrir la puerta corredera con cautela.

Oí ladrar a Aghi. Al cabo de poco, escuché con atención y supe que el hombre había vuelto al salón y que estaba llorando. Me asusté. ¡Así que era verdad lo que se decía de ese tipo de perro! ¡Aghi le había clavado los colmillos! ¡Y le debía de haber hecho mucho daño! Corrí a coger una escoba de la cocina y, empuñándola, me apresuré a socorrer al pobre hombre.

Abrí la puerta de par en par. El hombre no lloraba, como me había

parecido, sino que se estaba tronchando de risa.

Aghi saltaba a su alrededor ladrando alegremente.

—¡Pero qué perro de hoyo ni qué ocho cuartos! Sí, tal vez un antepasado lejano suyo fue perro de hoyo, ¡pero ese es un pobre bastardo sordo y de patas torcidas! ¿Me lo da? Me cae muy simpático. Aquí sufre, conmigo estará estupendamente.

Tan pronto como el hombre y Aghi se hubieron ido, pensé en lo que les diría a mis hijas.

Y llegué a la conclusión de que les contaría que había venido un experto que me había confirmado que se trataba de un perro muy feroz capaz de despedazar a un lobo y que, por eso, no era oportuno tenerlo en casa. Pero cuando mis hijas volvieron de la escuela y me miraron con sus caritas afligidas porque el perro ya no estaba, les dije la verdad.

Al domingo siguiente fuimos a buscarlo. Corrió hacia nosotros, nos festejó un poco, luego nos dejó para ir a jugar con los demás perros y se olvidó de nosotros.

LOS PAVOS NO DAN LAS GRACIAS



EEstados Unidos cada cuarto jueves de noviembre es una gran fiesta porque se celebra el *Thanksgiving Day*, es decir, el día de Acción de Gracias. Los Padres Peregrinos, los que habían desembarcado del *Mayflower*, después de la primera cosecha abundante al año siguiente de su llegada, decidieron dar gracias al Señor sirviendo en la mesa un gran pavo, un animal hasta entonces desconocido para ellos pero muy apreciado desde que habían visto que los indios se lo comían.



Desde aquel día, la tradición manda que, en esa fecha, cada mesa en las casas de los norteamericanos esté presidida por un pavo relleno gordo y dorado recién salido del horno. Pero no solo esto: la gran bandeja que lo contiene debe estar repleta de guarniciones, banderines y delicias varias. Cuando aparece en el comedor siempre estalla el aplauso entusiasta de los presentes. Es, en resumen, una especie de invitado de honor.

Millones de pavos, pues, cada cuarto jueves de noviembre, se dejan literalmente, y no metafóricamente, la piel en esta celebración.

Abro un pequeño paréntesis. También en América, en la época de la guerra entre los estados del norte y los del sur, se libró en Gettysburg un combate muy sangriento que dejó millares de cadáveres sobre el campo de batalla. Permanecieron mucho tiempo sin enterrar y, por consiguiente, se convirtieron en presa de los cuervos. Estos no olvidaron nunca más aquella comida abundante, hasta el punto de que, incluso sus descendientes, durante décadas y décadas, siguieron presentándose, cada mañana, en el campo que había sido el escenario de la batalla con la esperanza de encontrar más carne fresca. En fin, el recuerdo de aquel extraordinario banquete se había grabado de un modo

indeleble en su ADN.



Pero, cerrado el paréntesis, queda abierta una pregunta: ¿cómo es que en el ADN de los pavos, después de casi cuatrocientos años, no se ha grabado la fecha que marca anualmente su ineluctable matanza?

Una vez vi en un documental centenares de miles de pavos esperando a ser sacrificados, desplumados y descuartizados.

No tenían la menor idea del terrible destino que les aguardaba al cabo de pocas horas. En los ojos abiertos de par en par de muchos animales llevados al matadero he podido leer el terror por el final próximo, tal vez olían la sangre de las víctimas que los habían precedido.

Los pavos, en cambio, no mostraban el menor indicio de inquietud.

¿Estupidez absoluta o suprema dignidad?

Cuanto más reflexiono sobre ello más tiendo a pensar que puede tratarse de suprema dignidad.

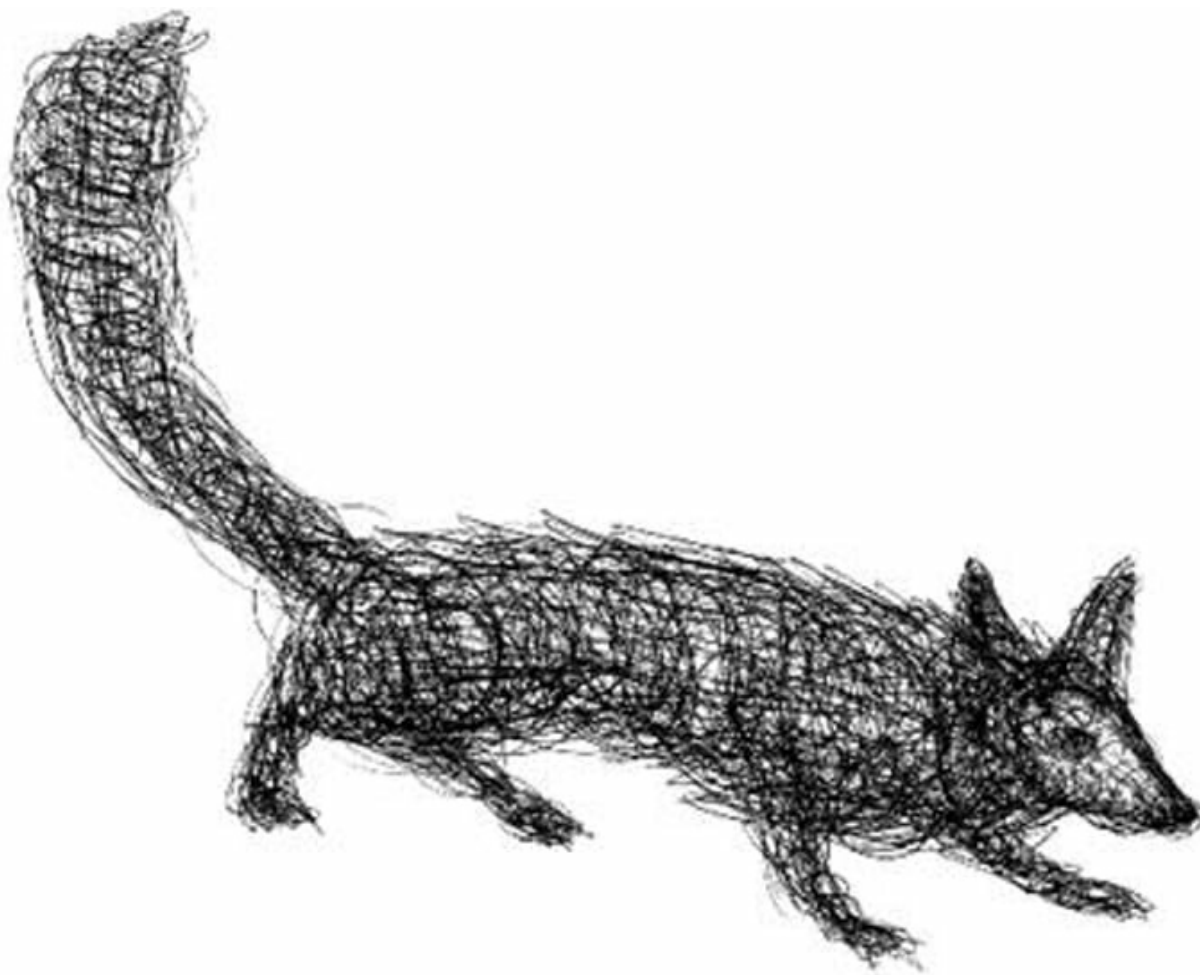
Porque, si aquel día los norteamericanos dan las gracias, los pavos no tienen nada que agradecer.

Y, de hecho, que recuerden los norteamericanos, no ha habido nunca ningún pavo que, antes de ser sacrificado, haya pedido la palabra para declarar, ni en su nombre ni tampoco en el de sus colegas, que se alegra de inmolarsé para contribuir a la felicidad de los norteamericanos.



Alabada sea, pues, la dignidad de los pavos que mueren pero no dan las gracias. Mientras tanto hay numerosos jefes de Estado que, sentados a la mesa del poderoso aliado norteamericano como invitados de honor, terminan igual que los pavos. Y ellos, encima, dan las gracias.

EL HECHIZO DEL ZORRO



Hubo una etapa de mi vida en la que, durante dos o tres años, siendo poco más que un adolescente, seguí a mi padre cuando iba de caza con sus amigos. Naturalmente, yo no tenía escopeta propia, de vez en cuando alguien de la comitiva llevaba una de sobra y me la dejaba.

Yo la cogía, daba las gracias y me prometía a mí mismo que no dispararía. No me gustaba matar. Me gustaba, eso sí, disparar a botellas vacías o latas oxidadas que hacían de dianas. Tenía, según decían, buena puntería.

Entonces, ¿qué era lo que me empujaba a levantarme de la cama cuando todavía estaba oscuro y a afrontar larguísimas marchas para llegar al lugar elegido por los cazadores?

Me gustaba ver salir el sol con un poco de frío.

Me gustaba la espera del acecho, aquella obligada inmovilidad durante horas, aguardando a que apareciera la presa.

Me gustaba el desencadenamiento repentino y veloz de la caza, los gritos, los disparos secos, los ladridos de los perros.

Una mañana me encontré delante de un conejo que, tras una larga carrera entre el silbido de las balas, había acabado prácticamente atrapado entre una roca saliente y un tronco grueso a pocos pasos de mi posición.

No sé por qué, sin pensarlo, apunté y disparé.

Había visto que la escopeta que me habían dado era de un solo cañón, pero no me sorprendió, en la casa de campo teníamos una igual, muy vieja.

El problema es que no sabía que aquello no era una escopeta vieja, sino un fusil de repetición, bastaba con mantener el gatillo apretado unos segundos para que salieran los seis disparos del cargador. Y en efecto así fue.

El pobre conejo se convirtió en un trapo empañado de sangre.

Desde aquel día no quise volver a acompañar a mi padre en sus batidas.

En nuestra zona se solían cazar alondras, conejos y liebres.

Cuando íbamos en busca de alondras, me limitaba a tirar del cordel que hacía girar el espejito, que era una especie de cruz giratoria cubierta de trocitos de espejo: desde lo alto, si se hacía girar rápidamente sobre sí misma, parecía un pequeño charco de agua destellante. Y las alondras, engañadas, bajaban hacia ella y quedaban al alcance de los fusiles.

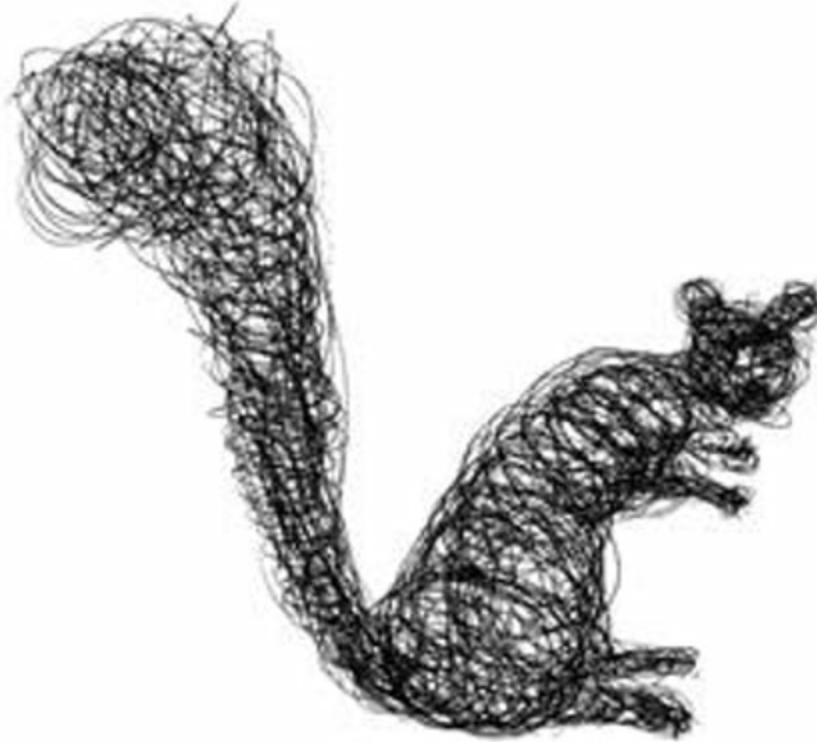


En cuanto a los conejos, había que sacarlos de la madriguera con un hurón. La madriguera del conejo tenía un agujero de entrada, pero el conejo, sabiamente, preparaba tres o cuatro agujeros de salida excavándolos a bastante distancia de la entrada.

Los cazadores, una vez identificada la entrada de la madriguera, tenían que descubrir otras vías de fuga. Cuando las encontraban, montaban guardia ante estas salidas mientras uno de ellos cogía al hurón del cesto y lo introducía en el laberinto del conejo.

El hurón es un tipo de comadreja dotado de unos dientes letales, no muy veloz, enemigo jurado del conejo. En cuanto lo ve entrar en su madriguera, el conejo huye por una de las salidas de seguridad, pero una vez fuera se encuentra al cazador esperándolo.

Aunque no siempre sucede así. En algunos casos el conejo se escapa por una vía que desemboca en una salida no identificada por los cazadores, que se dan cuenta demasiado tarde, cuando el conejo ya está lejos y a salvo. En otros casos, lo que sucede es que el conejo, en la intrincada red subterránea de la madriguera, se ha excavado un escondrijo difícilmente accesible para el hurón, que tiene las patas muy cortas. Entonces los cazadores pueden estarse horas esperando a que el conejo aparezca por una de las salidas secundarias.



Quisiera contaros lo que me pasó en una de esas esperas.

La madriguera se encontraba en lo más alto de una colina y sus tres salidas estaban muy lejos, situadas en las laderas.

Una salida estaba orientada hacia el norte, mientras que las otras dos lo estaban hacia el sur. Entonces, dos cazadores se situaron cerca de las dos salidas orientadas al sur, mi padre se quedó en la cima de la colina vigilando la entrada que a veces el conejo utilizaba como vía de escape, y a mí me asignaron la vigilancia de la salida de la ladera norte.

Distribuidos de este modo, yo no podía ver a los otros dos cazadores, solo veía a mi padre en la cima. Me senté con el fusil apoyado sobre las piernas y esperé.

Hacia poco que había salido el sol y las cumbres de las colinas de los alrededores empezaron a iluminarse. Luego, los rayos, cada vez más fuertes, me llegaron a los hombros, me superaron y pasaron delante de mí.

Se levantó un viento muy ligero que me acariciaba la cara.

Entonces, del fondo del valle todavía oscuro, vi aparecer un perro que subía hacia mí, muy lento, casi indiferente, con la cabeza gacha como si estuviera absorto en sus pensamientos. Observé cómo se acercaba y, a medida

que su imagen se volvía más precisa ante mi mirada miope, empecé a preguntarme qué raza de perro era, no había visto nunca uno con la cola tan gruesa y espesa.

Entonces, el perro, al llegar a pocos metros de mí y superar la línea divisoria del sol y la sombra, fue alcanzado de pleno por un rayo de sol.

Fue solo un instante, y, como si una mano invisible le hubiera prendido fuego, su pelaje se encendió de un rojo resplandeciente. Aquel color me impactó como un grito. Permanecí fascinado contemplándolo, era un animal mágico, mitológico, cubierto de oro y de llamas. Pero él también se detuvo de repente y levantó la cabeza para mirarme. Entonces le vi los ojos y lo entendí. No veía, era ciego. Se había acercado tanto a mí porque el viento no le había llevado mi olor.

Y oí a mi padre que gritaba:

—¡Es un zorro! ¡Dispara! ¡Dispara!

Él no podía disparar, estaba demasiado lejos. No me moví pero intuí que él estaba bajando la colina a toda prisa.

No disparé, permanecí inmóvil. Me sentía fascinado por aquella belleza, incluso contenía la respiración.

El zorro, que había erguido las orejas al oír la voz de mi padre, se giró, bajó a gran velocidad hacia el fondo del valle y, en cuanto se adentró en la zona sombría, pareció apagarse, desvanecerse.

Pero, aunque fuera solo por un instante, me había regalado un hechizo.



DOS ENCUENTROS EN EL ZOO



Confieso que no me gustan los zoolos urbanos. Sí, lo sé, ahora tienen otro nombre, pero yo los sigo llamando a la antigua. En toda mi vida solo he estado

dos veces en estos zoos, y en ambas ocasiones me dieron la impresión de algo cerrado, de coerción, de cárcel.

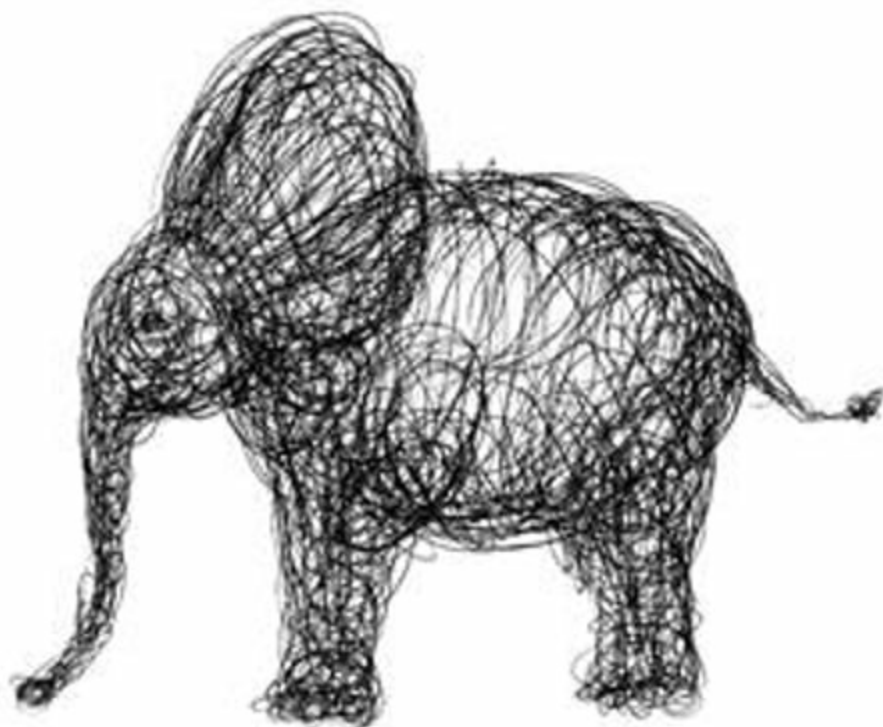
Hace unos años, en una ciudad conocida por una famosa marca de chocolate, una amable señora me invitó a visitar su zoo privado.

No pude rechazar la invitación. Era un zoo de proporciones bastante reducidas, pero había una digna representación de animales: leones, tigres, serpientes de dimensiones considerables, paquidermos, aves raras.

Me impresionaron dos cosas. Las jaulas estaban bastante distanciadas unas de otras y totalmente escondidas en el verde, de modo que no experimenté aquel sentimiento de malestar que había sufrido en los zoos urbanos y, además, reinaba la limpieza por todas partes, dentro y fuera de las jaulas.

Quien supervisaba el zoo era la hija de la propietaria, una joven veterinaria, que aquel día estaba muy preocupada porque una enorme pitón no se encontraba muy bien. Me la enseñó, pero a mí me pareció que rebosaba de salud, en parte porque no tengo ni idea de cómo se comportan las pitones cuando tienen un resfriado.

Fue entonces cuando tuve dos encuentros inesperados. Debo confesar que el primero terminó con una de las mayores humillaciones de mi vida, el segundo, en cambio, me dejó profundamente melancólico.



Me había puesto a caminar solo por los caminos y, de pronto, me encontré frente a una tigresa. Literalmente.

Estaba echada, perezosa, con la cabeza entre las patas y la nariz prácticamente fuera de las finas barras de la jaula elevada, a la altura de mi cabeza.

Me estaba mirando con los ojos entornados y no se movió ni un milímetro a mi llegada.

Era de una belleza majestuosa, altiva, su pelaje precisamente atigrado era espeso y reluciente.

Para mí, fue el clásico flechazo. Me conquistó al instante.

Perdí la cabeza. Sentí cómo se me aceleraba el corazón, se me hacía un nudo en el estómago y me flaqueaban las piernas: los síntomas típicos del enamoramiento repentino, irreparable.

Me acerqué todavía más, hasta que la prudencia me sugirió detenerme y, después de comprobar que no había nadie alrededor que pudiera oírme, me declaré a ella en toda regla:

—¡Oh, reina mía, qué bella eres! ¿Te das cuenta? ¡Me has hechizado, embrujado, cautivado! Dígnate a mirarme, te lo ruego. ¿Sabes que, ahora que

te he conocido, no volveré a ser capaz de alejarme de ti? ¡No puedo no amarte, porque eres realmente una criatura divina! Entonces la tigresa cerró los ojos.

«¿Será que, por el tono de mi voz, ha entendido lo que le he dicho?», pensé esperanzado.

Avancé un pequeño paso tímido y temeroso.

—¡Dime algo, por favor! Algo que me dé a entender que tú también me quieres.



Majestuosamente, con gran lentitud, la espléndida criatura se levantó.

Yo permanecí inmóvil, con la frente empapada de sudor, en una espera trémula.

La tigresa se giró y se volvió a echar como antes.

Pero, en esta nueva posición, a la altura de mi cara no estaba el hocico, sino otra parte, algo menos noble por decirlo de algún modo, de su cuerpo.

Noté cómo la tierra se abría bajo mis pies.

Me había respondido. ¡Ya lo creo que me había respondido! ¡Digamos que me había vuelto la espalda! Y estaba claro que esto significaba que se sentía molesta solo de verme. Así pues, me había borrado soberbiamente de su horizonte.

Cabizbajo, derrotado, reemprendí el paseo y, al cabo de poco, a una cierta distancia, vi una jaula con lo que me pareció una cabra salvaje de los Alpes o algo semejante.

Sin embargo, a medida que me iba acercando y enfocaba la mirada gradualmente, notaba una extraña sensación.



Como cuando, en un camino, vemos a una persona que se nos acerca, cuyo rostro nos parece haber visto ya, y nos esforzamos en recordar cuándo y dónde, de la misma manera me parecía detectar en aquella especie de cabra salvaje algo familiar.

Entonces me di cuenta de que era otro tipo de cabra.

No era una cabra cualquiera, sino una cabra girgentana, una de aquellas cabras con las que jugaba de pequeño en el campo de la casa de mis abuelos.

Y a una de ellas, a la que yo llamaba Ernestina, le cogí mucho cariño. Un cariño al que la cabra correspondía plenamente, pues en cuanto me veía, balaba y corría hacia mí.

Cuando iba a hacer largas caminatas por el campo, siempre me la llevaba conmigo. Las primeras veces, atada a una cuerda, luego me di cuenta de que no hacía ninguna falta, me seguía espontáneamente, no me abandonaría nunca.

Comía la hierba de mi mano, cada mañana me daba su leche, que yo echaba directamente sobre dos grandes rebanadas de pan recién salido del horno.

Las cabras girgentanas son muy distintas de las demás cabras.

Bastante más altas, tienen un frondoso pelaje de color marrón y blanco, largos cuernos retorcidos sobre sí mismos pero rectos, enormes ojos expresivos, orejas bien proporcionadas, gruesas ubres rosas con los pezones hacia abajo, patas delgadas y esbeltas. Su modo de andar era muy elegante.

¿Qué hacía en un zoo? No era un animal salvaje, al contrario, era de los más mansos y bien dispuestos que había conocido nunca.

Obtuve la explicación de la placa colgada en la jaula.

Decía: «Cabra girgentana, raza en peligro de extinción».

¿Así que era por eso por lo que hacía unos treinta años que ya no las veía por los prados de mi pueblo? ¡Se estaban extinguiendo! ¿Cómo? ¿Por qué? De vuelta a Roma, telefoneé a mi tío Massimo, el único superviviente de mi familia. Ahora vivía en el pueblo y la vieja casa de campo, deshabitada, se caía a trozos. Me confirmó que solo quedaban más o menos un centenar de cabras girgentanas, todas ellas propiedad de un pastor que las cuidaba con amor y que, cada vez que se le moría una, se ponía a llorar.

—Pero ¿por qué desaparecen?

—Ya no se reproducen. Ni en libertad ni en cautividad. Y hacen bien.

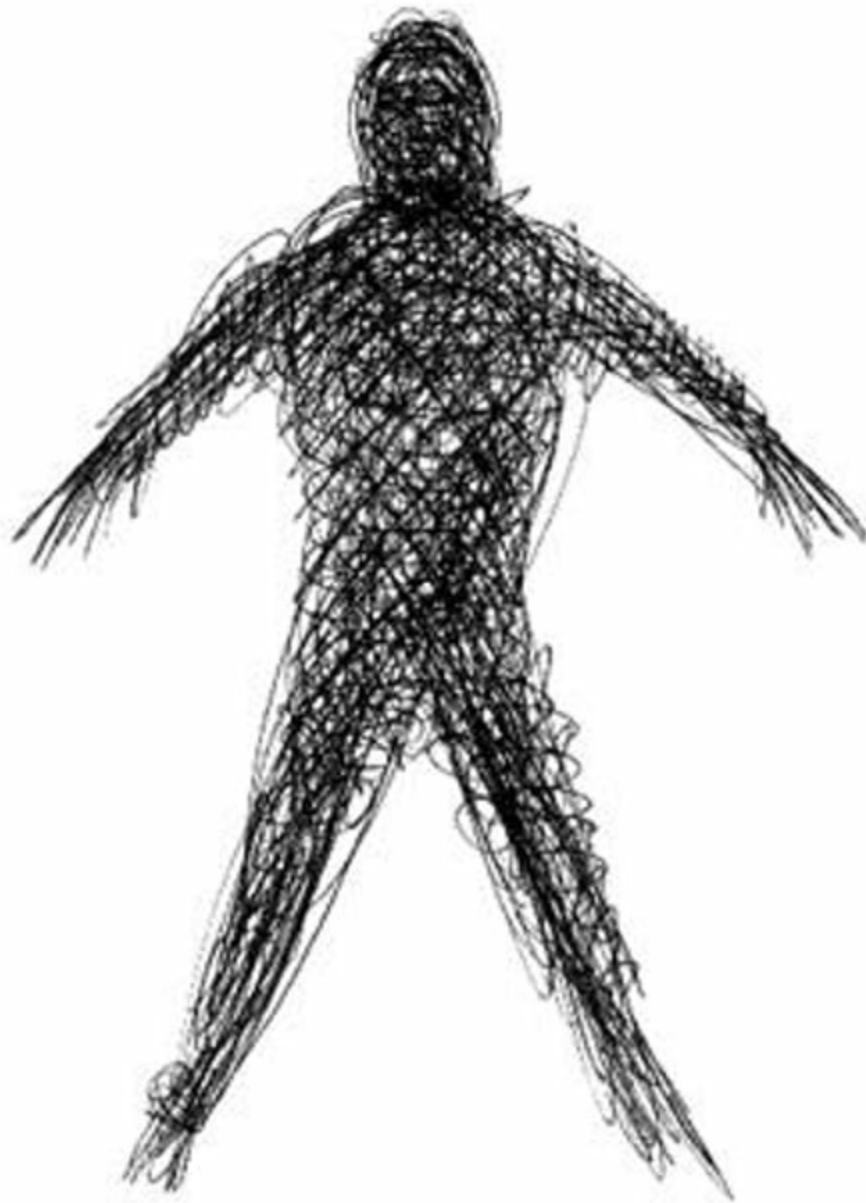
—¿Qué quieres decir con que hacen bien?

—Que tal vez el mundo se ha vuelto demasiado feo para que su belleza tenga derecho a existir —me dijo.

Y colgó.



EL PRÍNCIPE ENFADADO



Me fui de Roma para ir a una ciudad siciliana donde tenía que rodar un largo documental sobre la carrera de un gran actor vivo y muy amigo mío. También lo había dirigido varias veces en el teatro.

Se llamaba Turi Ferro.

Turi había nacido en aquella ciudad y conocía sus rincones extraordinarios, sus monumentos escondidos, sus patios que parecían invernaderos, sus calles misteriosas, sus espléndidas iglesias abandonadas, y

además tenía amigos por todas partes, tanto entre los residentes de los palacios fastuosos como entre la pobre gente de las chabolas de la periferia.

Como no solo tenía que hablar de sí mismo, sino que también debía recitar fragmentos de las obras de teatro que lo habían hecho famoso, decidimos ambientar cada fragmento en el lugar que nos pareciera más adecuado escenográficamente. Solo teníamos que elegir entre las distintas opciones.

Entre los varios lugares que me indicó, dijo que el ideal para recitar un cierto monólogo sería la terraza del palacio de los príncipes de B.

—Perdona, pero ¿por qué precisamente aquella terraza?

—Porque no es exactamente una terraza, sino un enorme jardín de azotea, con pequeños senderos, una glorieta, fuentes, bancos...

—Pero ¿nos darán permiso para subir?

—Vamos a hablar con la princesa.

El palacio era tan suntuoso que intimidaba.

La princesa fue muy amable, adoraba a Turi Ferro, y de buenas a primeras dijo que no había ningún problema. Es más, como yo no conocía la terraza... subimos.



Decir que quedé fascinado por el esplendor de aquel jardín es quedarme corto. El palacio tenía una extensión de casi dos hectáreas y el jardín de la azotea cubría la mitad.

Fijamos el día y la hora de las tomas y nos despedimos.

Cuando volvimos a presentarnos allí, al cabo de una semana, con todo el equipo, la princesa nos llevó a mí y a Turi a un lugar apartado y nos dijo:

—Os ruego que hagáis el mínimo ruido posible. En uno de los apartamentos del último piso, justo debajo de la terraza, está descansando un primo mío muy anciano, el príncipe de V., que hoy el pobre no se encuentra muy bien.

Transmitimos el ruego a los miembros del equipo, que, ya subyugados por el aura de nobleza del palacio, evidentemente se movían con mucho cuidado. Era un constante «¡Atención! ¡Despacio! ¡Cuidado con los reflectores!».

Elegí el punto donde colocar la cámara para la primera secuencia y, mientras instalábamos las luces, indiqué a Turi los movimientos que tendría que hacer.

No hablábamos, susurrábamos.

Entonces Turi se alejó para repasar su monólogo y volvió al cabo de diez minutos para decirnos que ya estaba a punto.

Mandé encender los focos, el encargado hizo sonar la claqueta, dije en voz baja la fatídica palabra «¡Acción!» y Turi empezó a recitar.

El monólogo de Turi comportaba, necesariamente, un volumen de voz más bien alto en las primeras frases. Luego el tono bajaba.

Todo iba a la perfección cuando una paloma, en varias ocasiones, se interpuso, volando, entre Turi y la cámara. Había que repetirlo todo de cabo a rabo. Como suele pasar, el director de fotografía aprovechó la interrupción para ajustar los focos. Retomamos el trabajo.

Cuando Turi acababa de empezar, oímos la voz un poco ronca de una persona anciana que gritaba:

—¡Basta ya! ¡Largaos de aquí! ¡Me estáis tocando los...! ¡Fuera!

¡Habíamos estorbado al príncipe! ¡Lo habíamos despertado, a pesar de nuestras precauciones! Nos quedamos paralizados.

Como no lograba entender de dónde provenía, me asomé para mirar hacia abajo y dije, aunque no veía a nadie:

—Disculpe, señor príncipe, pero...

—¡Basta ya! ¡Largaos de aquí!

—Oiga, señor príncipe...

—¡Me estáis tocando los...!

Estaba enfurecido, no atendía a razones. Por debajo de mí veía una larga fila de persianas, algunas abiertas y otras no, pero no distinguía ninguna cabeza. Probé otra vez:

—Señor príncipe, usted...

—¡Basta yaaa!

¿Qué podía hacer? Lo consulté con Turi sin palabras, solo mirándolo. Y decidimos desmontarlo todo en un silencio absoluto e ir a buscar otro sitio.

—¿Ya han terminado? —preguntó la princesa, algo sorprendida, al vernos bajar.

Le contamos lo que había sucedido.

Y añadimos que abandonábamos a regañadientes la terraza, con la certeza de que no encontraríamos ningún otro lugar tan sugestivo.

—Esperen un segundo —dijo—, voy a hablar con él.

Volvió al cabo de poco.

—No he podido decirle nada porque se ha vuelto a dormir profundamente, incluso está roncando. Hagamos lo siguiente. Vuelvan a subir, yo los acompaño y, si mi primo protesta otra vez, intervengo yo.

Reconfortados, volvimos a la terraza, montamos el equipo otra vez.

No hacíamos ningún ruido, lo juro, los técnicos parecían ángeles moviéndose a un palmo del suelo. Un tornillo que cayó y rebotó nos dio un susto a todos, como si hubiera estallado una bomba.

Turi volvió a empezar.

Y, al cabo de ni tan siquiera medio minuto de actuación, el príncipe nuevamente se puso a gritar como un obseso:

—¡Me estáis tocando los...! ¡Basta ya! ¡Largaos de aquí!

Miramos a la princesa, que estaba inmóvil, frunciendo el ceño.

—Pero si esa no... ¡no es la voz de mi primo! —murmuró.

Entonces se golpeó la frente con una mano.

—¡Dios mío! Ahora verán de qué se trata...

Corrió hacia la glorieta. La seguimos.



Dentro de la glorieta había una enorme jaula colgada.

Y en la jaula había un miná religioso, un ave asiática rechoncha, de unos treinta centímetros, el pico amarillo y el plumaje negro metálico, que sabe imitar perfectamente la voz humana.

En cuanto vio a la princesa, se puso a despotricar también contra ella:

—¡Basta ya! ¡Largaos de aquí! ¡Fuera!

Un poco mortificada, la princesa nos explicó que el miná no era suyo, se lo había confiado por unos días un amigo que había enseñado al pájaro a gritar así para utilizarlo cuando quería quitarse de encima a personas demasiado invasivas. Y ella se había olvidado de advertírnoslo.

La princesa se llevó la jaula y nosotros, al final, pudimos trabajar tranquilamente.

En el apartamento de abajo, el príncipe, el auténtico, siguió durmiendo como un lirón.

AMISTAD



Se dice de dos personas que se detestan recíprocamente y no pierden ocasión para pelearse que se llevan como el perro y el gato.

Y a menudo vemos, por la calle, a un perro ladrando furiosamente contra un gato y queriendo echársele encima para morderlo.

Estos encuentros suelen terminar siempre del mismo modo: el gato se refugia en la rama de un árbol o sobre el techo de un coche aparcado, y el

perro, que no es capaz de alcanzarlo, no puede hacer otra cosa que ladrar durante un rato y luego irse con el rabo entre las patas.

Por otra parte, me parece comprobado que los gatos tienen un cociente intelectual superior al de los perros.

Y un amigo mío, como prueba, decía que había visto a menudo, cuando iba en coche, a algún perro que lo perseguía ladrando, mientras que nunca lo había perseguido un gato maullando.

Sin embargo, perros y gatos, si conviven desde cachorros, seguro que se convertirán en amigos. Los primeros juegos en común darán origen a una relación casi fraternal que perdurará en el tiempo, lo mismo que ocurre con nuestros amigos de la infancia. Gatos y perros con un lazo de amistad siempre harán frente común ante un extraño, ya sea perro o gato.

También se convierten en cómplices y se ayudan el uno al otro si, por ejemplo, tienen que robar algo de la cocina.

Leonardo Sciascia cuenta el caso de una gatita que, criada con dos cachorros de perros de caza, estaba convencida de que ella también era de la misma raza. Entonces, cuando empezaron a emplear a los perros en cacerías, ella los seguía tercamente. Pero se distraía con mucha facilidad persiguiendo a una mariposa o a una lagartija.

Un día al atardecer, tras una larga jornada de caza, el amo se dio cuenta de que la gata no había vuelto a casa con los perros. Esperó, inquieto, hasta medianoche a que apareciera y entonces, convencido de que la gata se había extraviado, llamó a los dos perros, los miró a los ojos y dijo:

—Id a buscarla.

Los perros salieron corriendo y volvieron al alba. La gata caminaba, cansada y cojeando, escoltada por los perros. Desde entonces —concluye Sciascia—, la gata entendió que era diferente y no volvió a salir con los perros nunca más.



Un día, un amigo, mientras yo estaba con mi mujer en una gran ciudad siciliana, me invitó a comer en un famoso restaurante al que solo se podía llegar en coche, porque se encontraba en una zona que era casi el campo, cerca de dos pequeños lagos.

En la parte externa de la entrada, el restaurante estaba adornado por dos pequeños jardines rectangulares, completamente rodeados de setos bajos y bien cuidados. La flora de los jardines estaba formada por algunos rosales, pero predominaban los jazmines, que esparcían un perfume dulcísimo.

En el exterior del jardín de la derecha, vi, al bajar del coche, a un perro.

Me impresionó nada más verlo, porque estaba esquelético, parecía que los huesos fueran a agujerearle la piel en cualquier momento.

Nos sentamos y tuve la certeza de que no lograría comer si antes no podía de algún modo socorrer al perro.

—Tráigame, por favor, sobras de carne envueltas en un papel —dije al camarero que me miró entre sorprendido y alarmado.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó mi mujer. —Ahí fuera hay un perro muerto de hambre —respondí.

El camarero me trajo las sobras; dentro había trozos de bistec. Salí fuera. No hacía buen día, incluso había un poco de niebla. El perro seguía ahí, ahora se apoyaba en el seto como si no pudiera mantenerse de pie. Me acerqué a él y gruñó sordamente. Abrí el envoltorio y se lo puse delante. Muy lentamente, inclinó la cabeza, husmeó un buen rato. Entonces decidió coger con la boca un pedazo de carne.

Cuando estaba a punto de girarme y volver dentro, el perro, con la carne entre los dientes, pasó a través de una abertura en los setos y desapareció dentro del jardín.



«Quiere irse a comer en paz», pensé.

No sé por qué, me asomé a observarlo. Y me quedé asombrado.

Medio enterrada entre las raíces de un jazmín, había una gata, aún más dañada que el perro, si cabe.

Estaba tendida de costado, evidentemente no tenía fuerzas para mantenerse levantada. El perro le había depositado la carne sobre el hocico y esperaba a que la gata empezara a comer.

Solo cuando ella dio el primer mordisco el perro decidió volver al envoltorio.

Comió unos bocados y, entonces, cogió otro trozo para llevárselo otra vez a la gata.

Mi mujer salió a llamarme, ya habían servido la comida.



Comí desgano. Antes de que nos trajeran la fruta, me levanté.

—Perdonadme un momento —dije.

Salí. El perro ya no estaba. Y la gata tampoco.

Entonces los vi, al fondo de la calle.

Se alejaban caminando bastante lentamente, ella apoyada en él, envueltos en la niebla que ahora era más densa.

Me emocioné, como si estuviera asistiendo al final de una película de

Charlot.

Pero la amistad más extraña...

Un día de verano, al atardecer, salí de mi casa de campo para ir a ver a un amigo. Ya había oscurecido y yo había cogido una linterna.

La casa tiene una salida peatonal, cuatro peldaños llevan a una puerta que da a un callejón. Cuando iba a pisar el segundo peldaño, vi a la luz de la linterna que, si lo hubiera hecho, habría aplastado a una pequeña rana que estaba inmóvil en el centro del escalón.





No tenía la intención de moverse, parecía que no estaba asustada ni por la luz ni por mi presencia. ¿Acaso estaba muerta? Miré más detenidamente. No estaba muerta.

Y vi, justo delante de ella, a una lagartija.

Rana y lagartija estaban frente a frente.

Salté por encima. Volví al cabo de dos horas. Todavía estaban ahí, los hocicos se tocaban, parecían dos enamorados besándose en la oscuridad.

A la mañana siguiente habían desaparecido.

Pero, al atardecer, puntualmente, las volví a encontrar en el segundo peldaño, hocico frente a hocico.

¿Se hablaban? ¿Qué se decían? ¿Eran dos amigas que se encontraban después de cenar para charlar un rato? ¿O las unía algo distinto?

Las vi, cada atardecer, todo el verano.

Cuando volví en otoño, ya no estaban.



NO TOQUÉIS MIS CEREZAS, ¿ENTENDIDO?



Por los alrededores de mi casa en la Toscana pueden verse aves extrañas.

La casa se encuentra cerca del monte Amiata a 850 metros de altitud y está rodeada de muchos campos. Delante de la casa hay una ancha lengua de tierra, un terraplén sostenido por un pequeño muro de piedras, donde tenemos sillas y

mesillas a la sombra de un gigantesco castaño ultracentenario que debe podarse a menudo porque, si no, las ramas entrarían dentro de los dormitorios con toda su prepotencia.

En ese espacio y en sus alrededores también hay frutales y, sobre todo, un gran cerezo.

Nuestros dos gatos se comportaban de maneras muy distintas cuando los llevábamos al campo.

La más anciana se movía con mucha cautela, más que andar, arrastraba el vientre, con las orejas erguidas para captar el mínimo ruido; en cambio, el otro, bastante más joven, se iba lejos desde primera hora de la mañana y no se dignaba a volver hasta altas horas de la noche, después de que lo hubiéramos llamado y esperado durante un buen rato.

Pero hubo una temporada en la que los gatos no pudieron salir de casa, y no fuimos nosotros quienes se lo impedimos.

El episodio empezó así.

Habíamos llegado por la noche y, a la mañana siguiente, en cuanto abrí las ventanas y la puerta, los gatos salieron corriendo. Yo los seguí porque me gusta llenarme los pulmones de aire fresco y estimulante. Los gatos avanzaban por la hierba todavía juntos.



De repente observé que dos pájaros muy grandes, que poco antes había visto dando vueltas a gran altura, se precipitaron verticalmente, con las alas medio plegadas, a una velocidad increíble.

Inmediatamente me recordaron los Stukas alemanes que había visto en acción durante la guerra. Eran aviones de combate capaces de lanzarse en picado a gran velocidad, hacer diana de cerca y volver a subir sin perder potencia en ningún momento, dibujando una especie de uve en el aire.

Las aves, a diferencia de los aviones, que hacían un ruido infernal, eran muy silenciosas.

Cada una de ellas le picoteó la espalda a un gato y se alejó a toda prisa. Sorprendidos, los gatos dieron un gran salto por los aires y entonces miraron a su alrededor resoplando en una actitud amenazadora a un enemigo invisible, porque los pájaros ya estaban muy arriba en el cielo.



Al cabo de poco, reanudaron el paseo, más tranquilos.

Lograron recorrer unos metros más y nuevamente fueron atacados a traición por la espalda.

Esta vez la consecuencia fue cómica, porque los gatos, creyendo cada uno que el culpable era el otro, empezaron a pelearse y tuve que intervenir para separarlos.

La riña les quitó las ganas de seguir andando y se encerraron en casa.

No volvieron a salir durante todo el día.

Y al día siguiente, en cuanto quisieron salir, otra vez los pájaros se lanzaron en picado contra ellos. Esta vez la gata anciana estaba alerta.

Y cuando el pájaro estaba a punto de picotearle la espalda, dio un salto de lado levantando una pata amenazante. El ave, con una maniobra de piloto acrobático, cambió repentinamente de rumbo en el último momento, esquivó la pata e hirió a la gata con un fuerte golpe.

Desde aquel momento, los gatos ya no se atrevieron a salir fuera.

Saltaban sobre el alféizar de las ventanas abiertas y miraban tristes el

paisaje.

Al año siguiente los pájaros acosadores ya no estaban, tal vez se habían ido a otra parte, y los dos gatos pudieron disfrutar de sus vacaciones con toda tranquilidad.

Pero un verano llegó Chap Chap, así lo llamamos por el sonido de su canto. Este no atacaba a los gatos, pero sí a nosotros.

Era un pájaro grande como una paloma, pero con un cuerpo bastante esbelto y el pico afilado. Su plumaje era un auténtico arco iris, pasaba del rojo fuego al amarillo canario, del verde bandera al azul marino, un arlequín, pero lo que más lo caracterizaba era una franja ancha de plumas negras que, como si fuera una venda, parecía cubrirle los ojos y le daba un aire a medio camino entre un atracador de bancos y un pirata de antaño.

En cuanto salimos del coche, nos recibió con su *chap chap* amenazador e inmediatamente nos dejó claro que lo molestábamos, nuestra presencia lo irritaba. Estaba encima de un alambre que yo había mandado tender entre un poste y el castaño para colgar bombillas.

Era, al fin y al cabo, un pájaro simpático y algo gracioso, como aquellos señores perennemente enfadados con todo el universo, puesto que a cada *chap chap* correspondía un movimiento ridículo de la cola arriba y abajo que de alguna manera lo hacía parecer un juguete mecánico.

Cuando oscurecía, se iba volando. Al día siguiente, al alba, volvía a su puesto. ¿Qué hacía allí? ¿Qué quería de nosotros? ¿Por qué nos vigilaba continuamente? No le importaban los gatos, pero en cambio seguía cada movimiento nuestro y, ¿cómo lo diría?, nos reñía enérgicamente.



El cerezo, aquel año, estaba tan cargado que las ramas más delgadas se doblegaban bajo el peso de los racimos.

Vino mi cuñado a pasar unos días con nosotros.

Y una mañana decidió coger una cesta e ir a recoger cerezas, que ya estaban lo bastante maduras. Se subió al árbol, se sentó a horcajadas sobre una rama, tendió la mano y...

...en una fracción de segundo el pájaro se le echó encima, apuntó amenazante el largo pico a los ojos y gritó un *chap chap* que no le habíamos oído antes y que, traducido en lenguaje humano, significaba sin duda alguna: «No toquéis mis cerezas, ¿entendido?».

Instintivamente mi cuñado alzó un brazo para protegerse, el pájaro se abalanzó contra él, le picoteó la mano y él se cayó estrepitosamente del árbol.

Enfurecido por aquel ridículo, se levantó e intentó volver a subir.

Pero el pájaro se lo impidió amenazándolo seriamente con vaciarle un ojo.

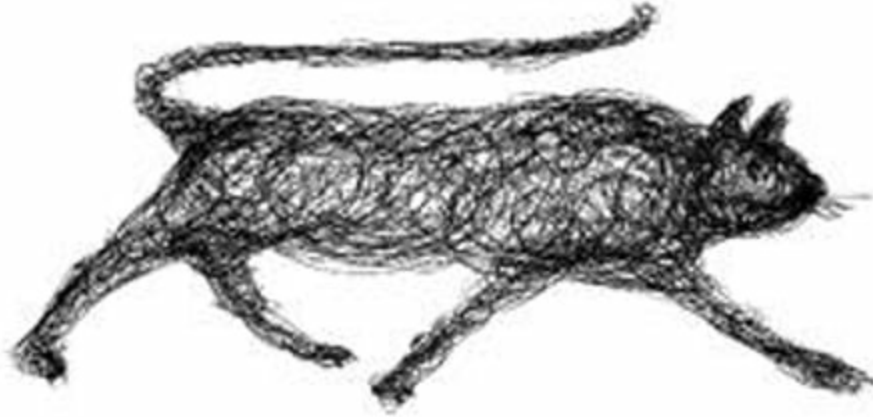
—¡Pero bueno! —parecía decir—. Hace más de una semana que espero

que maduren las cerezas ¿y ahora vienes tú a robármelas?

¿Qué puedo añadir?

Ninguno de nosotros se atrevió a coger más cerezas.

Como mucho, nos quedábamos mirando al pájaro pirata que, cada día, venía a saquear nuestras cerezas y de vez en cuando se detenía y nos dedicaba un *chap chap* claramente de burla.



EL AÑO DE LA GRAN CACERÍA



El campesino tuvo la infeliz idea de venir a decirnos que en un extremo de nuestro campo, al lado de una cabaña de madera en ruinas, había visto dos víboras. Mi mujer fue a consultar un librito ilustrado sobre la flora y la fauna

del monte Amiata y leyó que, en efecto, en nuestra región había que tener mucho cuidado con las víboras.

Mi suegra palideció horrorizada.

—¡Dios mío! ¡Las niñas!

Me rebelé contra tanto alarmismo.

—¡Las niñas nunca van a ir tan lejos!

—¡Pero pueden entrar en casa!

—Es difícil que las víboras...

No me dejó acabar.

—¡Vamos a comprar ahora mismo el antídoto para mordeduras de víboras!

Se fueron en coche y volvieron con el contraveneno. Pero, durante el viaje, aunque breve, debieron de consensuar un pacto de hierro.

—¡Mañana tenemos que empezar a limpiar el campo como sea! —me dijeron casi al unísono.

No contentas con eso, fueron a ver a nuestros vecinos, unos muy buenos amigos, para dar la alarma.

—¿Qué puedo hacer para eliminar las víboras? —pregunté al día siguiente al campesino.

—Ponga dos o tres erizos. Los erizos se comen a las víboras.

—¿Y dónde se compran?

—No se compran. Ya le traeré yo unos cuantos esta noche.

Llegó la noche y no se presentó. Al día siguiente tampoco vi a ningún erizo.

Mi suegra empezó a ponerse nerviosa, me acusó de demorar aposta la gran cacería de víboras.

Finalmente, un día al atardecer, llegó el campesino con dos erizos enormes justamente mientras nuestros vecinos estaban cenando en casa con nosotros.

—Yo también quiero alguno —dijo mi amigo vecino.

El campesino le respondió que tenía dos más y que se los traería aquella misma noche.

Los dos erizos, acurrucados, se estaban quietos en la antesala.



Mi hija mayor fue a observarlos perpleja, no lograba entender dónde tenían la cabeza. Entonces se agachó y tocó a uno con un dedo.

Sucedieron dos fenómenos de forma simultánea.

El primero fue que el erizo sacó la cabeza.

El segundo fue que, en el movimiento, decenas de pulgas empezaron a saltar de su cuerpo.

Desafiando a las pulgas y los pinchazos de las púas, los agarré y los llevé afuera.

—Plante los erizos —había dicho el campesino.

Pero ¿qué significaba «plantar»?

No eran plantas o árboles, eran seres vivos que se movían. Por consiguiente, decidí dejarlos en el pequeño huerto que teníamos cerca de casa.

A la mañana siguiente fui al huerto. De los erizos no vi ni rastro. Recorrí palmo a palmo todo el campo, también inspeccioné, por dentro y por fuera, la chabola donde el campesino había visto las víboras, pero los erizos habían desaparecido.

Fui a ver a mi vecino.

Y lo sorprendí construyendo una gran jaula de alambre, tan grande que la estaba terminando desde dentro. A su lado había un erizo.

—¿Qué haces?

—Estoy haciendo una jaula para el erizo. El otro se ha escapado esta noche.

—Los míos también.

Me surgió una duda.

—Perdona, pero si tienes al erizo en la jaula, ¿cómo podrá ir a cazar a las víboras?

—Ah, ya —dijo—, no había caído en eso. Pero lo dejaré en la jaula igualmente, me gusta tenerlo.

Nos pusimos a charlar. En un momento dado, mi amigo anunció:

—He terminado.

Estando todavía dentro de la jaula, miró a su alrededor.

—¿Dónde se ha metido el erizo?

El erizo ya no estaba enjaulado con él.

Aprovechando nuestra distracción, había excavado un hoyo y se había liberado fácilmente. Sin embargo, no se había escapado. Estaba quieto mirando, con una cierta curiosidad, al hombre dentro de la jaula.

Pero cuando mi amigo quiso salir, no pudo. La abertura de la jaula estaba bien diseñada para un erizo, no para un hombre. Tuve que desmontarla yo desde el exterior, puesto que él la había anclado sólidamente en la tierra.

Mientras tanto el erizo había desaparecido para siempre.

Tras el fracaso estrepitoso con los erizos, mi suegra me alentó nuevamente a la cacería.

Tengo que decir, con toda sinceridad, que yo no estaba muy convencido de aquella historia de las víboras. El verano anterior el mismo campesino me había dicho, aunque aquella vez afortunadamente estábamos solos:



—Acabo de matar una víbora. Fui a verla, ¡pero de víbora nada!

Era una serpiente común, no mucho más larga de un metro, de color verde, inofensiva, una de aquellas que yo de niño, en Sicilia, cogía con mis propias manos.

No le dije nada. Pero me di cuenta de que el hombre no dominaba la materia.

—¿Qué podemos hacer contra estas víboras?

—Podríamos recurrir a los pavos —dijo el campesino—. También les gustan las víboras.

No me constaba. Pero fui enseguida al carnicero del pueblo.

—Quisiera dos pavos.

—Se los traigo mañana por la mañana.

Me los entregó con puntualidad, perfectamente desplumados.

Aclarado el malentendido, culpa mía, no me había explicado bien, me procuró otros dos pavos vivos y de gran tamaño.

¿Alguna vez han intentado introducir dos pavos enormes y tercos en un

coche?

Lo logramos con la ayuda del carnicero y de algunos transeúntes amables, y finalmente los liberé en el campo.

Como si hubieran percibido el olor de las víboras, se dirigieron velozmente hacia la zona de caza. Delante de mis ojos admirados por su olfato, fueron más allá de la chabola, saltaron el seto que marca el límite con un campo vecino y desaparecieron entre los árboles.

¡Se estaban escapando!

Con un grito de apache, me lancé a perseguirlos, salté yo también el seto divisorio, se me engancharon los pantalones con las espinas y se rasgaron. Seguí a los pavos, pero ellos también me habían visto, y aceleraron la marcha dirigiéndose hacia una granja.

Durante un rato corrimos así, los pavos dos pasos por delante y yo detrás.

No lograba alcanzarlos de ninguna manera. Por más que me esforzara, la distancia entre ellos y yo seguía siendo la misma.

Seguramente yo continuaba emitiendo, sin darme cuenta, el grito de guerra apache, porque alguien se asomó alarmado por una de las ventanas de la granja.

Entonces di un salto y plaqué a los pavos lanzándome encima de ellos con los brazos extendidos.

Los atrapé, sí, pero tuve que quedarme así, sin poderme mover, tendido sobre los pavos que forcejeaban para que, en caso de que me moviera, por lo menos uno de ellos lograra huir.

El hombre que se había asomado sintió lástima de mí y me ayudó a llevar los pavos rebeldes de vuelta a mi campo.

Me dirigí hacia mi casa, andrajoso y agotado, y ellos me siguieron con un aire de indiferencia.

Entonces, de repente, se pusieron a correr y me superaron. Enseguida comprendí su plan: llegar a la puerta del cercado, que había quedado abierta, y huir.

Me precipité furibundo en una nueva persecución lanzando el grito de guerra de siempre, que esta vez logró el efecto de aterrorizar a mis familiares, que se asomaron a las ventanas.

Todavía jadeando por la carrera anterior, justo en el umbral de la puerta,

intenté placarlos otra vez. Esta vez el salto fue corto y solo logré detener a uno. Pero vi que el otro pavo, tras una breve carrera, volvía hacia mí, con un aire que no prometía nada de bueno, graznando a la desesperada.

Estaba claro que quería liberar a su compañero asaltándome a picotazos.

Inmediatamente pensé que saldría perdiendo y por eso solté la presa, me levanté, les di la espalda y volví a casa definitivamente derrotado.

Pero antes de cruzar el portal, levanté la cabeza y dije a mi familia, asomada a la ventana:

—Si alguien saca a relucir otra vez las víboras, hacemos las maletas y volvemos a Roma.

Nadie volvió a hablar de las víboras.

Entre otras cosas porque no pudimos ver ni rastro de ellas.

Tanto es así que, al cabo de dos veranos, cuando apareció don Gaetano...

Un día por la mañana, hacia las siete, mientras estaba hablando con el campesino, vi como se deslizaba, de un agujero entre las piedras que formaban el muro del terraplén, una bella serpiente de más de un metro y medio.

—¡La víbora! —gritó el campesino levantando la pala amenazadoramente.

—Quieto. No es una víbora.

Era una serpiente común, verde, que dignamente cruzaba el terraplén a lo largo zigzagueando entre las patas de las sillas y de las mesas. Luego se adentró en un seto que había a la derecha y desapareció.

Me apresuré a alertar a la familia.

—Si vuelve a aparecer, que no cunda el pánico. Es absolutamente inofensiva.

Aquel mismo día, al atardecer, salió del seto, deshizo en sentido inverso el recorrido de la mañana, y se metió otra vez en su madriguera.

Al día siguiente, la misma historia.

Salida de casa a las siete, vuelta a las ocho. Muy puntual. Metódica. Discreta. Digna. Con un paso (¿se puede llamar así tratándose de una serpiente?) siempre regular, ni demasiado veloz ni demasiado lento.

—Debe de tener un empleo en algún sitio —dijo mi hija mayor después de una semana de observar cómo iba y venía.

La llamamos don Gaetano.

Al atardecer, cuando volvía a casa, era fácil que nosotros estuviéramos

todos fuera tomando el fresco. Pues bien, don Gaetano pasaba entre nosotros con suma discreción, parecía como si quisiera disculparse.



Hasta tal punto se integró en la familia que, tras leer en alguna parte que a las serpientes les gusta la leche, deposité una pequeña taza llena justo al lado de la entrada de la madriguera.

Al cabo de dos días, la leche seguía ahí.

—Será que come en el trabajo —dijo la mayor cada vez más convencida de que don Gaetano tenía un empleo fijo y fichaba al entrar y al salir.

Al verano siguiente ya no estaba.

—Se habrá jubilado —fue la conclusión de mi hija.

EL DÍA QUE LOS CERDOS SE EMBORRACHARON



En la viña de mi abuelo la vendimia era una gran fiesta porque aquel día acudían también amigos y parientes a ayudar a los campesinos y las campesinas contratados para la ocasión.

A los primeros el abuelo les asignaba dos o tres filas de vides, pero sabía perfectamente que el trabajo lo terminarían los campesinos porque los voluntarios no tardarían en cansarse, en quejarse de que les dolía la espalda y, por ende, en abandonar el campo.

Ellos veían la vendimia como una buena excusa para una agradable salida matutina al campo que se concluiría con una de aquellas comidas memorables que preparaba la abuela con la ayuda de las hijas y de varias camareras.

La larga mesa, si el tiempo acompañaba, se preparaba al aire libre, en el porche con columnas bajo la terraza, desde donde se disfrutaba de unas magníficas vistas del mar lejano.

Así es como hacíamos la vendimia.

Las cestas, una vez llenas de racimos, se cargaban en mulos y se llevaban al lagar, donde se descargaban. Entonces entraba en acción el *pistiaturi*, que era un campesino calzado con unas pesadas botas provistas de clavos y que, en primer lugar, repartía uniformemente los racimos sobre el suelo del lagar con una horca.

Aquel suelo estaba ligeramente inclinado por una parte, por donde pasaba un pequeño canal que conducía el mosto hacia un agujero. Desde allí el mosto caía dentro de un pozo de fermentación en la bodega situada en la parte inferior.

Una vez cubierto el suelo del lagar con un tapiz de racimos, el *pistiaturi* empezaba a dar vueltas por el lagar, pisando fuerte, en círculos concéntricos cada vez más pequeños, para exprimir al máximo el zumo de la uva. No había terminado de pisar los racimos que ya le llegaban más cestas. A última hora de la mañana, antes de la pausa para la comida, el *pistiaturi* recogía con la horca los racimos, a algunos de los cuales les quedaban granos por exprimir o mal exprimidos y los metía dentro de una gran prensa con mazas

que posteriormente los comprimía. Las mazas de la prensa, a cada giro de la barra, hacían *tin tin tan*, un alegre sonido argentino. Luego vaciaba la prensa para llenarla de nuevo, mientras un chico extraía del lagar los racimos ya prensados que, por la presión, se habían compactado como fardos de heno, y los apilaba en un patio al lado de la bodega, muy cerca del recinto de los cerdos.



Aquel día, que pasaría a ser una fecha memorable en la historia de mi familia, el chico que tenía que extraer del lagar los residuos de la prensa, y que era nuevo en aquel trabajo, preguntó al *pistiaturi* dónde tenía que ponerlos. Y este le respondió que dejara los fardos, como siempre, al lado del recinto de los cerdos. Pero el chico lo interpretó mal y fue a depositarlos no al lado, sino dentro del recinto. Esto lo supimos después de todo lo sucedido.

En aquel momento nadie se dio cuenta del error.



Llegó la hora de comer.

Los campesinos, las campesinas y el *pistiaturi* comieron, como siempre, en la viña.

Los de la familia, amigos y parientes, en cambio, fuimos a sentarnos en el porche. Empezamos a comer y a charlar en un ambiente alegre. La vendimia siempre provoca este efecto de euforia.

Cuando acabábamos de comenzar el segundo plato, cabrito al horno con patatas, ante el estupor de todo el mundo, vimos aparecer a nuestros cinco grandes cerdos, que no deberían estar allí, sino en su recinto.

Al porche se accedía por una única gran abertura en forma de arco. Pues bien, los cerdos se pusieron uno al lado de otro en aquella entrada, como cortándonos la única vía de escape.

En un primer momento, nos pusimos a bromear.

—¿Quién os ha invitado a vosotros?

—Sois unos cerdos y no sabéis comportaros en la mesa. ¡Fuera!

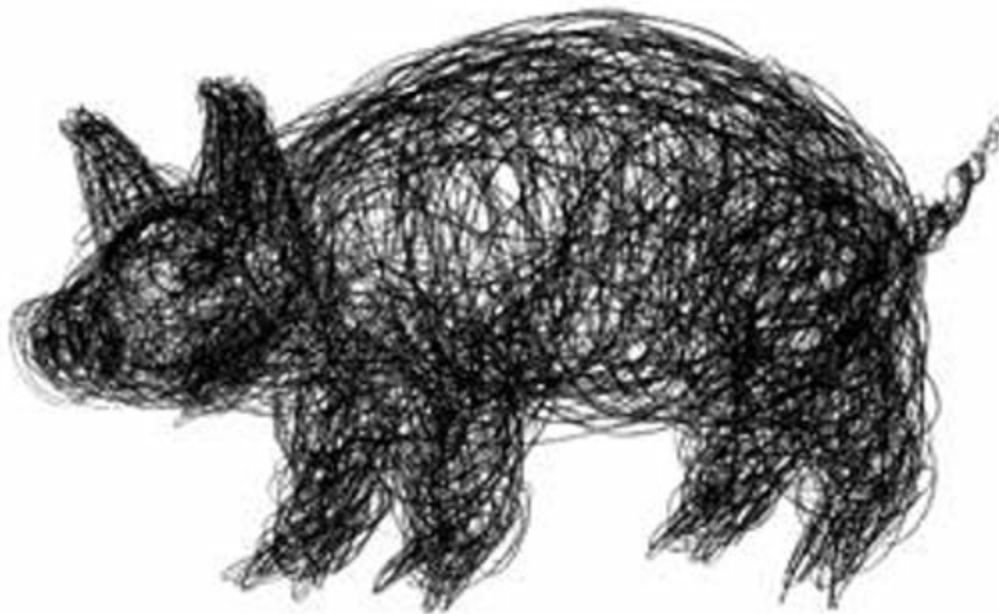
—¿Cómo han podido salir? —se preguntó mi tío Massimo levantándose para llevarlos de vuelta a su recinto.

Fue como una señal.

Los cerdos, que hasta entonces se habían quedado inmóviles y en silencio mirándonos, empezaron a emitir al unísono chillidos muy agudos, como si los estuvieran degollando. Eran ensordecedores. No gruñían, chillaban a más no poder sin moverse. A mí enseguida me pareció que nos miraban mal y que no les movían intenciones amistosas.

Lo extraño de la situación empezó a inquietarnos.

—Pero ¿qué demonios queréis? —gritó mi tío claramente preocupado.



Entonces cogió una piedra del suelo y la lanzó contra ellos.

No debería haberlo hecho. Los cerdos, sin dejar de gritar, corrieron galopando a la carga contra nosotros.

Las mujeres y los niños huyeron chillando y llorando, entraron en la casa y se refugiaron dentro.

Mientras tanto, cada uno de nosotros, provisto de su propia silla, se defendía como podía del asalto de los cerdos para intentar mantenerlos alejados.

Estábamos horrorizados, entre otras cosas porque no entendíamos sus intenciones.

¿Querían agredirnos, mordernos? ¿Querían sencillamente que nos

largáramos?

De repente, no sé cómo, se me escapó la silla de las manos y me encontré desarmado frente a un cerdo que parecía tenérmela jurada particularmente.

«Ahora me va a morder», pensé.

Pero el cerdo solo me dio una hoxicada en la rodilla. Con estupor me di cuenta de que no lo había hecho con mucha fuerza; traducido a un gesto humano, sería como una palmadita amistosa en la espalda.

Entonces, instintivamente, me agaché y le di una ligera bofetada en una oreja.

Otra hoxicada, otra bofetada. Otra hoxicada, otra bofetada.

«¿Será que tiene ganas de jugar?», me pregunté.

Pero el cerdo, al que tal vez aquel juego le había parecido monótono, decidió dejarme en paz y subió de un salto a la mesa.

Me quedé realmente asombrado, no había visto nunca a un cerdo saltar tan alto. En pocos segundos, los otros cuatro cerdos siguieron su ejemplo con agilidad y empezaron a destrozar platos y vasos.

Huimos todos del porche y nos encontramos jadeando en el patio.

—Hay que encerrarlos ahí donde están, en el porche —dijo mi tío.

—Pero ¿no has visto los saltos que dan? ¡Parecen caballos! —intervino un primo.

—Tenemos que pedir refuerzos —propuso otro pariente.

Las mujeres y los niños ahora estaban asomados a los balcones y a las ventanas y nos rogaban que nos refugiáramos en la casa también nosotros. Pero no nos parecía digno rendirnos ante cinco cerdos.

—Tengo la impresión —aventuré— que solo quieren jugar, divertirse. Aquel cerdo que me ha dado una hoxicada en una rodilla, podía haberme mordido, pero no lo ha hecho.

—¿Qué mosca les ha picado a esos cerdos? —preguntó el primo.

—Esperad un momento —dijo mi tío como si se le hubiera ocurrido una idea de repente.

Corrió a echar un vistazo al recinto de los cerdos y volvió enseguida.

—Los cerdos se han emborrachado completamente —nos dijo—. Se han comido los restos del prensado y han saltado la valla.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Tendríamos que entrar en casa y esperar a que se les pase la borrachera. Fuimos adentro, subimos a refrescarnos y nos asomamos.

Los cerdos, que habían salido del porche, se estaban inventando diversiones varias. Dos jugaban con la pelota de mi primo pequeño, dos se dedicaban a saltar el uno sobre el lomo del otro, pero el quinto debía de tener la borrachera triste porque llevaba en la boca un ramo de flores del campo y estaba en un rincón en una actitud melancólica.



Entonces cambiaron de juego. Uno, con el hocico, empujaba la pelota lo más lejos posible y los demás se lanzaban en su búsqueda. Chillaban como en un partido de fútbol.

El primero en caer fue el melancólico. Todavía con las flores en la boca, se echó de costado y se durmió en un sueño pesado. Luego fue el turno de los jugadores de fútbol.

En aquel momento volvió el *pistiaturi* con el chico para reanudar el trabajo y ambos se pararon a mirar la escena, perplejos.

—Id a llamar a los demás —les dijo el tío Massimo.

Los campesinos, cuando llegaron, levantaron con mucho esfuerzo a los

cerdos uno a uno y los dejaron profundamente dormidos dentro del recinto, del que habían retirado, por prudencia, los restos del prensado.

—Nos han arruinado la comida —fue el comentario de la abuela Elvira—. Pero, mirándolo bien, estos cerdos borrachos, al contrario de muchos hombres, no se han comportado como puercos.

ELEGÍA AL BARÓN



Cuando estaba negociando la compra de una parcela de tierra donde construir mi casa en la Toscana, alquilé un apartamento en el pueblo para hacer de vez en cuando un seguimiento de las obras, e iba a menudo con toda la familia. Un día a la hora de comer, de vuelta a casa, pasé por en medio de un grupo de cuatro niños que estaban jugando en la calle con una pelota que me pareció hecha de trapos. Unos pasos más allá me detuve porque me había asaltado una sospecha inquietante.

Me giré a mirar: no estaban utilizando una pelota de trapo para su juego, sino un gatito de carne y huesos. Me abalancé sobre ellos gritando como un poseso: a dos de ellos, los que tenía más al alcance, les di patadas en el trasero (posteriormente surgieron discusiones nada agradables con sus padres) y los hice huir a todos asustados y llorando.

El gatito, cuando lo cogí en brazos, me pareció muerto, pero enseguida me di cuenta de que todavía respiraba.

Lo llevé a casa a toda prisa, mi suegra le aplicó los primeros auxilios. Al cabo de poco abrió los ojitos, bebió, pero no tenía suficiente fuerza para mantenerse en pie. Lo metimos en una cesta.

Después de comer teníamos que volver a Roma, donde estaríamos durante una semana y, visto su estado, se lo confiamos a una pareja de amigos.



Cuando volvimos, nos dieron una mala noticia: el gatito, al cabo de unos días, había intentado levantarse, lo habían puesto encima de una silla, desde ahí se había caído y no se había podido levantar del suelo otra vez.

Una hora después llevamos al gatito al veterinario de un pueblo vecino que se mostró bastante perplejo al verlo: él, nos dijo, estaba acostumbrado a los caballos, a las vacas, a los toros y no había tratado nunca a un gato.

De todos modos, lo observó detenidamente y su diagnóstico fue muy negativo: el gatito tenía la espalda destrozada y estaba en pésimas condiciones.

Lo vendó como una momia de manera que no pudiera hacer muchos movimientos, prescribió unas curas y unas inyecciones y, al entregárnoslo, nos aconsejó que no nos encariñáramos demasiado con él.

—Si sobrevive —nos explicó—, no durará más de dos o tres años.

Dicho sea de paso, vivió todavía dieciocho años más.

Si se lo dábamos nosotros, lograba comer y beber, pero no podía ir de vientre él solito, teníamos que ayudarlo. Lo teníamos cerrado en una pequeña habitación para que los demás animales de la casa no lo molestaran y durante aproximadamente un año lo cuidaron con mucho amor mi suegra y sobre todo

Mariolina, mi hija pequeña.

En aquellos meses, por la televisión daban un culebrón cuyo protagonista era un tal Barón von Trenck, que tenía que pasarse, no recuerdo por qué, todo el santo día encerrado en una habitación. Mi suegra, por analogía, empezó a llamar al gatito con el título del héroe de la serie, el Barón, y se le quedó aquel nombre.

A lo largo de aquel año, el Barón se fue curando lentamente.

Y también a lo largo de aquel año, se enamoró perdidamente de Mariolina, la enfermera que lo cuidaba con todo su cariño.

Pero de esto nos dimos cuenta cuando, liberado del vendaje, adquirió total autonomía.

La fractura de la espina dorsal se había soldado, pero le quedaron secuelas físicas. Al crecer, el cuerpo adoptó una forma más bien rechoncha, no era capaz de dar grandes saltos, pero, en cambio, tenía una cabecita preciosa y unos ojazos inteligentes. Era muy discreto, raramente maullaba. Era un noble Barón de nombre y de carácter; dotado de una enorme dignidad, a menudo permanecía apartado en su lecho y no se peleaba nunca con los demás animales, que eran una perra napolitana, Baracca, y una gata, Pucci, que había entrado en nuestra casa durante unas vacaciones en Fregene y no había querido irse nunca.

Serio, a menudo absorto, no jugó nunca como suelen hacer los gatos con una bola de papel o con un ovillo.



Pero, como he dicho, estaba enamorado de mi hija.

Cuando ella estaba estudiando, el Barón se subía como podía a la mesa, le agarraba una manga con los dientes, aunque suavemente, y tiraba como queriendo que se levantara.

Un día, intrigada, mi hija decidió obedecerlo.

Cuando ella se levantó, el Barón, aferrándosele a una media o al dobladillo de la falda, le dio a entender que quería que se pusiera a cuatro patas. Entonces el Barón le tiró de la manga y la arrastró hasta su lecho. Quería que Mariola se acostara con él. Mi hija le explicó que era imposible, el lecho era demasiado pequeño y él pareció resignarse. Pero, de vez en cuando, lo volvía a probar. Un día Mariolina acusó a su hermana Bettina de haberle cogido un jersey. Bettina juró que no se lo había cogido ella. Y, en efecto, el jersey lo encontraron al cabo de poco en el lecho del Barón; había sido él quien se lo había robado para por lo menos poder consolarse con el olor de la persona amada.

A lo largo de los años, resultó que le robó muchos jerséis a Mariolina, y solo a ella.

En la casa de Roma teníamos una gran terraza llena de plantas, que muy a menudo eran presa de palomas, golondrinas y gorriones.

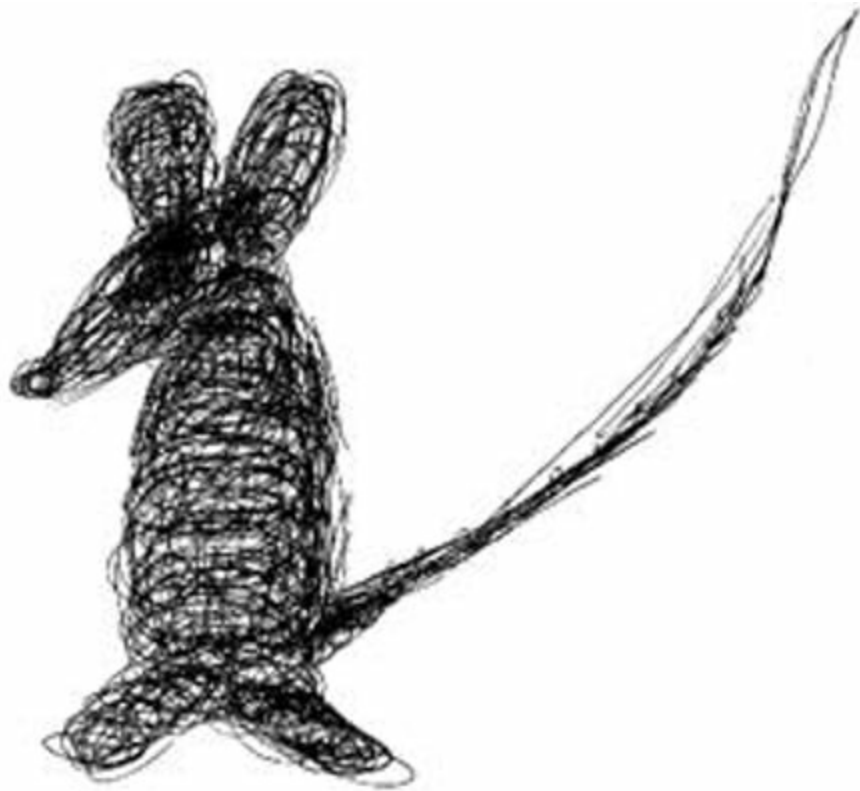
La gata Pucci estaba al acecho entre las hojas de una frondosa vid americana y de ahí salía disparada como un resorte hacia cualquier pajarito y siempre lo cazaba, incluso al vuelo, dando saltos espectaculares. Era un regalo para mi suegra, que, al ver a la víctima depositada entre sus pies, mostraba su contrariedad y la reñía duramente, pero el instinto de la caza era más fuerte en ella.



El Barón no mordió nunca a ningún ser vivo, ni tan siquiera a una lagartija, mariposa o mosca.

En cambio era capaz de estarse escondido durante horas observando los movimientos de los pájaros, con la misma atención que un ornitólogo ante una especie rara. Cuando Pucci entraba en acción, él abandonaba el escenario, indignado.

No lo vi nunca resoplar amenazadoramente, ni sacar las uñas para arañar, ni con la cola hinchada o el pelo erizado.



Me encontré hablando casualmente del Barón con un eminente académico, experto de fama internacional en la evolución de las especies.

—¡Por favor —me dijo al final—, no lo decepcione, no se lo dé a

entender!

—¿El qué?

—Que es un gato. Si se da cuenta de ello, se irá y no volverá.

—¡Pero no puedo casarlo con mi hija para no decepcionarlo!

El eminente académico me miró con cierto desdén, como si yo no tuviera corazón.

La primera vez que el Barón, tras un año y medio de ausencia, volvió con nosotros a la Toscana, a su pueblo natal, el destino quiso que, en cuanto salió del transportín, se encontrara frente a un ratón. Él y el ratón retrocedieron simultáneamente, y entonces, mientras el roedor se daba a la fuga de prisa y corriendo, el Barón, alterado por la desagradable visión de un ratón, vomitó.

Después de dos días de vacaciones, el Barón, al anochecer, no regresó a casa. Y tampoco se presentó cuando llegó la hora de ir a la cama. Cogimos linternas y cinco de nosotros fuimos a buscarlo, llamándolo:

—¡Barón! ¡Barón!

No obtuvimos ninguna respuesta. Subimos al pueblo. Nada.

Mientras regresábamos muy preocupados, a Mariolina le pareció oír un maullido lejano en respuesta a su llamada. Encontramos al Barón acurrucado delante de un gran gallinero.

Estaba observando la vida nocturna de las gallinas.

Y desde entonces, cada vez que regresábamos a la Toscana, por la noche teníamos que ir a buscarlo al gallinero. No manifestaba ninguna agresividad hacia los pollos, solo el profundo interés propio de un estudioso.



Mariolina decidió encontrarle una compañera digna de él.

Y se presentó con la gata de una amiga suya de ascendencia noble (la gata, no la amiga). Era una gata distante y altiva. El Barón la acogió dignamente, le hizo de guía por toda la casa cediéndole el paso en todo momento, pero no aventuró ningún gesto atrevido. En un momento dado, la aristogata no pudo resistirse más a aquella amable indiferencia y se restregó contra él.

Sorprendido ante tal muestra de confianza, el Barón saltó a una silla y no se movió más, ignorándola completamente.

Su corazón latía por otra.

En cambio, cuando fue Mariolina quien trajo a casa a Guido, su novio, el Barón se comportó como el caballero que era y se convirtió en su amigo.



Pero pretendió, y lo consiguió, sentarse siempre entre los dos.

Al hacerse mayor, se entregó a algún pequeño robo. En mi opinión, lo hizo solo porque lo sobornó la perra Baracca, que se había convertido en su amiga. Y es que siempre trabajaban en pareja.

La primera vez, el Barón, subido encima de la cocina mientras se cocía carne en una cazuela, intentó retirar la tapa metiendo una pata en el asa. Pero la tapa resbaló con el pelo y se cayó al suelo. Al oír el ruido, mi suegra acudió corriendo a la cocina y frustró el robo. Estos intentos se repitieron otras tres o cuatro veces.

Y una noche mi suegra encontró la cazuela vacía y la tapa al lado. El Barón había logrado su objetivo sin hacer ruido.

Una vez lo sorprendí in fraganti sin que él se diera cuenta y descubrí su técnica. Tras meter la pata dentro del asa, la había girado hacia arriba, había sacado las uñas, había levantado la tapa, que así no podía resbalar, y la había depositado con delicadeza sobre un fogón apagado. Luego, utilizando las dos patas, se había apoderado del pedazo de carne, le había dado algunos

mordiscos desganados y después, empujándolo con una pata, lo había dejado caer hacia donde lo esperaba Baracca con la boca abierta.

Tuvimos que cambiar de nevera porque la que teníamos se abría con un pedal que él accionaba subiéndose encima. Y entonces se dedicaba a rastrear la parte más baja, mientras Baracca limpiaba los estantes más altos.

No se me había subido nunca a las piernas.

Un día volví a casa por la tarde con un dolor insufrible por una noticia luctuosa y me senté en un sillón.

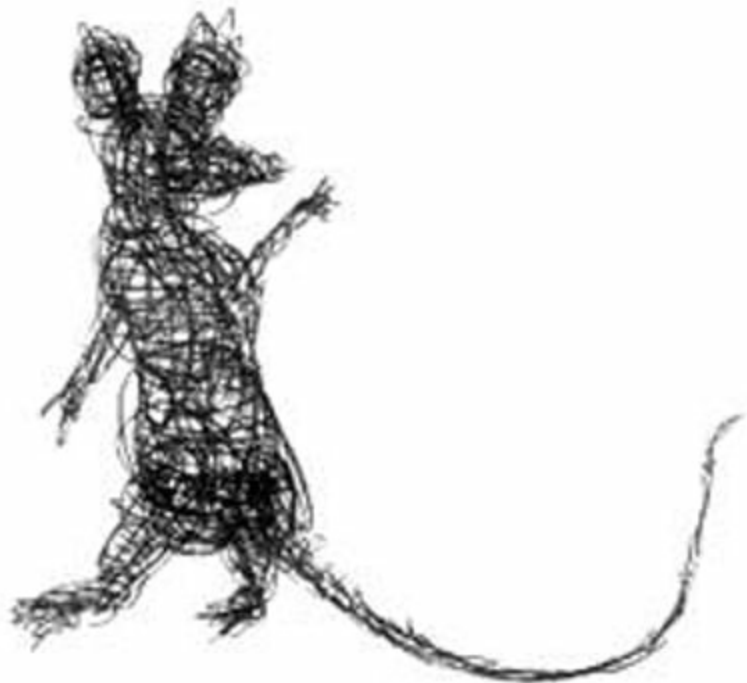
De repente me lo encontré encima. Acariciándole la cabecita durante un buen rato, logré aliviar en parte mi pena. No volvió a subirse nunca a mi regazo.

El Barón y Mariolina enfermaron al mismo tiempo y por desgracia ingresaron en clínicas distintas.

Guido iba a ver primero al Barón y luego a Mariolina.

Pero de aquella clínica el Barón no volvió.

Tras dieciocho años de convivencia, su ausencia nos pesó como nunca lo hubiéramos imaginado.





NOTA

Si un autor escribe un libro significa que tiene sus motivos para hacerlo.

Hay quien sostiene que existen autores, y serían la mayoría, que se ponen a escribir libros sin ningún motivo aparente. Pero yo no me lo creo, en el fondo, siempre hay una razón, incluso cuando solo sirve para que el autor vaya por ahí diciendo orgullosamente a todo el que se encuentra: «¿Sabe una cosa? ¡Este es mi libro!».

Yo, en este caso, por lo menos he tenido dos buenos motivos.

Empiezo por el primero.

En junio de 1997 leí una noticia que me impresionó tanto que escribí un artículo de opinión para un periódico romano. El artículo decía más o menos lo siguiente:

Hace unas décadas al nieto de un amigo mío le mandaron escribir una redacción con el enunciado: Habla de tu gato.

Pero ¿cómo lo podía hacer?

A pesar de las súplicas y de los llantos del niño, siempre le habían prohibido tener animales domésticos (y en esta misma clasificación también debían de entrar los compañeros de clase, que nunca eran recibidos en casa). Provisto de papel y bolígrafo, bajo la atenta mirada de su madre asomada al balcón, el niño bajó a la calle y tomó nota de los rasgos de un gato vagabundo que pasaba por ahí.

En su redacción, el niño contaba que su gato tenía tres patas, una oreja, la cola mordisqueada y la piel sarnosa. Esto era lo que había visto y lo que había descrito detalladamente.

En la familia aquel texto fue motivo de grandes risas durante un tiempo.

«¡Buenos tiempos aquellos!», se me ocurre exclamar ahora.

Porque aquel niño, en el fondo, había hecho un retrato «al natural», como se decía antes, es decir, relacionado con la naturaleza, ligado a la realidad. Pero cada vez más se evidencia como, día tras día, la brecha entre la vida cotidiana en la ciudad y la naturaleza resulta, ya no dramática, sino incluso trágica.

Hay un ejemplo reciente que me parece aterrador.

Una agencia especializada hizo una encuesta entre los niños romanos para averiguar si sabían cómo era un pollo.

Pues bien, los niños, creo recordar de una franja que comprendía de los tres a los ocho años, respondieron mayoritariamente que el pollo no existe en estado natural, sino que es un producto fabricado, es decir, que es artificial. Tan artificial que —siempre según los niños encuestados— la fábrica comercializa dos tipos distintos: pollo crudo (para los más exigentes que lo quieren cocinar a su gusto) y pollo asado.

Hubo una gran incertidumbre, en cambio, sobre el número de muslos de los que está dotado cada pollo. Hubo quien dijo que tienen seis y quien juró que poseen ocho. Un solo niño sostuvo que el pollo tiene dos muslos, pero lo abrumaron con risas y burlas.

La incertidumbre también reinó alrededor del número de alas.

Sin embargo los niños llegaron a la conclusión unánime de que en un pollo el número de alas siempre es muy inferior al número de muslos, lo demuestra el hecho de que en la mesa siempre se sirven más muslos que alas.



Pero la tragedia había empezado a mostrar su cara ya un tiempo antes, cuando unos niños, siempre de ciudad, habían incluido, en una lista de peces, las barritas de pescado.

Las barritas de pescado Findus, naturalmente.

Os ahorro el resto del artículo.

El primer motivo por el que he escrito este libro es pues el de dar testimonio de que en mi época los animales no eran todavía artificiales.

Voy a por el segundo.

Un artículo publicado por la revista británica *New Scientist* en noviembre de 2006 nos informa de que se han llevado a cabo estudios para fabricar aparatos capaces de recoger, amplificar y transmitirnos las emociones y los «pensamientos» de los animales.

«En 2056», afirma triunfalmente el artículo, «lograremos entender qué piensan de nosotros los animales».

No entiendo todo este triunfalismo. De hecho, creo que se debería detener a toda costa la fabricación de esta máquina.

Si realmente un día logramos saber qué opinión tienen de nosotros los

animales, estoy seguro de que no nos quedará más remedio que desaparecer de la faz del planeta, muertos de vergüenza. Suponiendo que, dentro de cincuenta años, los hombres todavía sean capaces de albergar tal sentimiento.

Yo, afortunadamente, ya no estaré.

Pero quisiera que algún bisnieto mío entregara a los animales una copia de este librito para que pudieran tener de mí, y de muchísimos otros como yo, una opinión, ni que fuese ligeramente, distinta.

a. c.



NOTA 2

Terminé de escribir estos relatos hace más de diez años. Si los publico ahora es porque he tenido la suerte de poder abrazar a Matilda y Andrea, mis bisnietas, a quienes dedico el libro.

a. c.

NOTA SOBRE MIS DIBUJOS

Cuando era niño, mi familia tenía una casita en la ladera del monte Amiata. Los Camilleri, amigos íntimos de la familia, adquirieron la casa de al lado y ligaron mis recuerdos de niño y adolescente al sol de la tarde de verano y a los días pasados con mis hermanas Angiola y Barbara junto con nuestras coetáneas «Camilleri»: Andreina, Betta y Mariolina.

En este libro reviven caracteres y personajes de un corolario humano y animal que forman parte de estos recuerdos: los pavos verdugos de víboras, el gato Barón junto a los erizos evadidos, Pimpigallo y mi perro Gillo. Son ellos quienes pueblan estas páginas y han inspirado los dibujos de *Memoria Mia* que realicé a principios de los años noventa, como reflexión sobre la idea de los placeres, los sueños y las sombras de la infancia.

Paolo Canevari

